

Tres cuentos desconocidos de Ramón Pérez de Ayala. (Y una ordenación bibliográfica de su prosa narrativa breve)

Javier SERRANO ALONSO
Universidade de Santiago de Compostela
Campus de Lugo

RESUMEN: En la historia de los estudios sobre Ramón Pérez de Ayala siempre se ha mostrado un cierto desinterés por su prosa narrativa breve, en especial por los cuentos. Hasta hoy en día incluso se carecía de un corpus bien establecido de sus relatos, y el conocimiento bibliográfico de los mismos era casi nulo. En este trabajo se pretende encarar el análisis de este sector de la obra ayalina desde dos perspectivas: una, el establecimiento de dicho corpus a partir del estudio bibliográfico de su producción de cuentos y novelas cortas, y dos, la ampliación del conjunto de textos que conforman su prosa narrativa breve con la recuperación de tres historias hasta el presente desconocidas. En ellas se puede comprobar el interés del escritor por practicar modalidades narrativas variadas, así como nos ofrece, por ejemplo, un relato semi-autobiográfico.

PALABRAS CLAVE: Ramón Pérez de Ayala, prosa narrativa breve, ordenación bibliográfica, cuentos olvidados.

ABSTRACT: In the history of the studies about Ramón Pérez de Ayala there has always been a certain uninterest in his short narrative, specially his tales. We even lacked a complete corpus of his short stories and their bibliographic knowledge was almost none. In this article we aim to face the analysis of this part of the ayaline work from two perspectives: the first one, establishing that corpus from the bibliographic analysis of his tales and short stories production; the second, widening the group of texts conforming his short narrative prose by recovering three stories, unknown until this moment. Through these we can verify the writer's interest in practising varied narrative modalities, and also observe how he offers the reader semi-autobiographical plots.

KEYWORDS: Ramón Pérez de Ayala, Short narrative prose, Bibliographic order, Forgotten stories.

El conocimiento bibliográfico de la narrativa breve de Ramón Pérez de Ayala era, hasta el presente, más que escaso e insuficiente. El trabajo germinal del profesor Lozano Marco (1983), si bien de una gran profundidad en el análisis de esta parte de la obra ayalina, carecía de la aproximación al estudio bibliográfico de la misma. Bien es cierto que, en aquel momento, no existía ningún tipo de trabajo, ni satisfactorio ni insatisfactorio, en dicho campo. Solo pudo contar con el muy deficitario esfuerzo de José García Mercadal, primer recopilador de la prosa narrativa perdida de Pérez de Ayala, que se caracterizó, fundamentalmente, por dos rasgos esenciales en su trabajo:

la nula información bibliográfica y la incorrecta labor de transcripción. Estos dos rasgos son los que, precisamente, hacen inválidos sus muchos libros de recopilación de textos que precisan, sin lugar a dudas, de una reedición con criterios filológicos modernos, como he procurado hacer en los volúmenes hasta ahora publicados de las *Obras Completas* en la Biblioteca Castro de Madrid (1998-2003).

Solo con posterioridad hemos podido contar con un valioso instrumento bibliográfico que ha permitido el trabajo más adecuado al estudio de la obra del escritor asturiano, el cuadro de colaboraciones periodísticas que editaron Florencio Frieria Suárez y José Tomás Cañas en 1992, y que sin lugar a dudas es el pilar sobre el que construir el muy necesario repertorio de la obra de Ramón Pérez de Ayala. En este cuadro, y como es lógico, los investigadores no se preocupaban por establecer el corpus de la narrativa breve del autor, pero, entremezclados entre sus más de dos mil cuatrocientas entradas, muchas de ellas nos ofrecían los datos más precisos con los que podíamos contar hasta entonces de la edición de gran parte de sus relatos.

Sobre tal trabajo partí para la preparación del volumen tercero de las *Obras Completas* de la Biblioteca Castro, cuyo objetivo era recoger el total de sus textos narrativos breves, y que se editó en 2000. Este volumen revela la importancia que en el conjunto de la obra de Ayala tiene este sector de su producción: casi mil páginas de texto. En aquel entonces (el tomo fue preparado entre 1998 y 1999), no pude aportar ningún escrito narrativo totalmente desconocido, pues las contribuciones más novedosas resultaron ser el cuento «Los muertos vuelven», localizado por mí muchos años antes y dado a conocer por José Tomás Cañas en 1989, y la novela corta *Trece dioses*, que fue descubierta y reeditada por vez primera ese mismo año. Lo que sí hice, aparte de revisar los textos a partir de sus versiones originales desestimando las defectuosas lecturas de García Mercadal, fue precisar aún más varios datos bibliográficos, aportando la edición original de algún relato no localizado hasta el momento, como el de «Vida nueva (fragmentos de un cuentecillo)». Hoy, y como *amplificatio et corrigenda*, quiero completar el trabajo anterior con este estudio, por un lado ofreciendo la organización e información bibliográfica más completa que puedo brindar hasta la fecha del corpus narrativo breve de Pérez de Ayala, como una más que sustancial ampliación de dicho corpus con la edición de tres cuentos hasta el presente desconocidos.

HISTORIA DEL CORPUS DE LA PROSA NARRATIVA BREVE

Evidentemente la historia de este corpus se inició en el momento en el que el autor ovetense publicó en la prensa su primer relato conocido. Lo que se nos hace muy notorio en el sistema de trabajo de Pérez de Ayala es que fue, sobre todo, un productor de escritos de carácter creativo y ensayístico para los medios de comunicación de su tiempo (periódicos y revistas), y que este supuso su sistema de subsistencia esencial a lo largo de sus sesenta años de profesión. Pero también es evidente para nosotros que el escritor fue especialmente perezoso en cuanto a la labor de recopilación y rescate de dichos trabajos, editados originalmente en formatos excesivamente

efímeros. Nos sorprende que en su vida activa como escritor solo se preocupase de editar tres recopilaciones de ensayos que, pese a su volumen importante, solo recogían una parte mínima de sus escritos ensayísticos: *Las máscaras*, con sus diversas ediciones y ampliaciones desde 1917, y que ha pasado a ser su trabajo ensayístico por excelencia; *Política y toros*, con ediciones en 1918 y 1925, donde solo nos muestra muy parcialmente su pensamiento taurino e ideológico de aquellos años y, finalmente, *Hermann encadenado* (1917), visión resumida de la Gran Guerra, que fue ofreciendo en múltiples entregas en los diarios *La Prensa*, de Buenos Aires, y *El Imparcial*, además de en varias revistas (*Nuevo Mundo*, *Iberia*, *España* y otras), y que requiere una edición completa en la que se recuperen todos aquellos escritos que hubo de desestimar para su publicación en libro.

En los últimos años de la vida del escritor, García Mercadal consideró preciso recuperar si no todo, sí buena parte de esta obra intelectual, e inició una amplia tarea de recopilación en un buen número de libros que, quién sabe, pudieron tener cierta supervisión del autor, aunque no lo parece. Libros como *Divagaciones literarias* (1958), *Más divagaciones literarias* (1960), *Amistades y recuerdos* (1961), *Principios y finales de la novela* (1958), *El país del futuro (Mis viajes a los Estados Unidos)* (1959), *Fábulas y ciudades* (1961), se vieron continuados, tras su muerte en 1962, con más proyectos como *Pequeños ensayos* (1963), *Tabla rasa* (1963), *Tributo a Inglaterra* (1963), *Ante Azorín* (1964) y *Nuestro Séneca y otros ensayos* (1966), además de las colecciones que incluyó en 1964 en el primer volumen de sus *Obras completas: Rincón asturiano, La caverna de Platón, Terranova y sus cosas*, y en el volumen segundo: *Glosas sobre los clásicos y Varia*.

Esta labor, amplia pero insatisfactoria por los rasgos antes indicados, fue continuada por otros investigadores con mejores armas filológicas. Abrió camino Paulino Garagorri con su antología de *Escritos políticos* (1967), con las mismas deficiencias bibliográficas que ya mostraba García Mercadal, y *Las terceras de ABC*, en 1976. Por esas mismas fechas se editaba *Viaje entretenido al país del ocio* (1975), libro que en alguna medida dejó inédito en manuscrito Pérez de Ayala, y que en realidad era la recolección de una serie de conferencias que impartió el autor asturiano en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires en 1940. Poco tiempo después aparecerían los investigadores más serios en estas labores de recuperación de ensayos; en primer lugar Agustín Coletes Blanco, quien recupera con *Crónicas londinenses* (1985) los textos periodísticos editados en 1908, cuando realiza un largo viaje al Reino Unido, y Florencio Frieria Suárez, gran editor de colecciones de textos dispersos y perdidos, labor iniciada en 1986 con su libro *Artículos y ensayos en los semanarios «España», «Nuevo Mundo» y «La Esfera»*, continuado en 1991 con José Tomás Cañas en el volumen *Escritos sobre arte* y completada con *Cartas manchegas y otros artículos en «El Sol»* (2002).

El último trabajo en este sentido de recuperación de escritos ensayísticos fue mi edición del quinto volumen de las *Obras Completas* en la Biblioteca Castro, publicado en 2003, donde, además de reeditar los tomos de *Las máscaras*, se recuperan docenas de artículos de Pérez de Ayala sobre teatro, cinematografía y espectáculos, si

bien, en el cuarto volumen, editado en 2002, se recuperaban también los prólogos a obras propias y ajenas de nuestro autor.

Pero aún estamos bastante lejos no solo de tener unas ediciones fiables y bien ordenadas de sus trabajos ensayísticos, sino siquiera una recuperación parcial de todos ellos. Todavía quedan, literalmente, cientos de estos trabajos perdidos en las páginas de la prensa periódica.

Si Pérez de Ayala fue perezoso en cuanto a la labor recopiladora de ensayos, no menos desinteresado se mostró con la recuperación de sus narraciones breves. En cuanto a los cuentos, es ocioso decir que Ayala prácticamente se desentendió de ellos según los iba publicando en periódicos y revistas, a no ser que los recuperase para tener otra edición alimenticia en alguna otra publicación. No ocurrió lo mismo con sus llamadas novelas cortas; al menos, eso sí, su autor se preocupó por realizar tres colecciones de tales narraciones. La primera de estas recolecciones fue *Prometeo. Luz de domingo. La caída de los limones. Novelas poemáticas de la vida española*, en 1916, recogiendo en ella tres textos recientemente publicados en ediciones sueltas (en 1915 y 1916). Años después, y con motivo de la publicación de sus *Obras Completas* en las editoriales Renacimiento, Mundo Latino y Pueyo, reservó el segundo volumen a una nueva recolección de este tipo de narraciones, donde, con el título de *Bajo el signo de Artemisa. Novelas* (1924), reeditaba seis de estos textos aparecidos originalmente entre 1903 y 1913. Y, finalmente y en el mismo año de 1924, ahora con el número XVII de las *Obras Completas*, recopilaba en *El ombligo del mundo. Novelas*, otras cinco narraciones de este tipo. Fue importante su labor de recogida de novelas cortas, pero ni mucho menos completa, ya que dejaba desperdigadas otras seis obras más (*Trece dioses, El último vástago, Sonreía, La araña, Pandorga y Justicia*).

El proyecto en el que trabajaba José García Mercadal cuando se produjo el fallecimiento de Ramón Pérez de Ayala era, precisamente, la recopilación de sus cuentos dispersos en un volumen con título impropio, *El Raposín*, en una colección que dirigía un gran autor de cuentos como fue Ignacio Aldecoa. El libro, aunque con fecha de 1962, no debió de aparecer hasta principios de 1963, tal como sugieren las reseñas publicadas a finales de febrero y principios de marzo de ese año¹. Dos años después, el propio García Mercadal pretendía reunir la narrativa breve de Pérez de Ayala en el confuso primer volumen de sus *Obras completas*, donde mezcla un supuesto orden cronológico de la publicación de los textos narrativos del escritor (al margen de la categoría que se les quiera dar) con textos ensayísticos. Edita, junto con las novelas ma-

¹ Se editó con la siguiente nota previa: «Ramón Pérez de Ayala inició su obra de narrador con estos cuentos, impregnados de ambiente asturiano y en los que se ejercita en el manejo de un idioma, creando un estilo personal e inconfundible. / Taurus Ediciones rinde homenaje al escritor recientemente desaparecido recogiendo sus primicias de narrador que significaron un adelanto en la prosa por su sobriedad y la atención al empleo preciso de la palabra». *El Raposín*, Madrid, Taurus, Narraciones, 6, 1962, [9].

yores *Tinieblas en las cumbres*, *La pata de la raposa* y *Troteras y danzaderas*², dos de las novelas cortas que habían quedado olvidadas (*El último vástago* y *Sonreía*) y el fragmento publicado de la novela inacabada *Pilares*, que García Mercadal presenta muy erróneamente como «Novela corta». En otros volúmenes recopilaría las demás novelas mayores y breves, con la misma confusión organizativa, salvo la perdida por entonces *Trece dioses*.

El Raposín tiene el mérito de ser una primera recopilación de cuentos que eran absolutamente desconocidos; no pretendía ser unos «cuentos completos», por lo que no se le puede achacar carencias de textos, pero sí se le puede reprochar que haga una tabla rasa sobre los géneros y encaje un drama simbolista como «La dama negra», inscrita en la tendencia maeterlinckiana del teatro simbolista o de ensueño, y en la que participaron autores de la talla de Valle-Inclán, Jacinto Benavente o Gregorio Martínez Sierra. Y una barbaridad del mismo tipo comete en el tomo II de estas *Obras completas*, aparecido en 1965, donde dentro de un amplio apartado de «Novelas cortas» introduce la «patraña burlesca» *La revolución sentimental* (aparecido originalmente como *Sentimental Club* en 1909).

Algún relato, cuento o novela corta, se recogió en antologías o ediciones en trabajos académicos, además de las reediciones habidas de las tres colecciones de novelas cortas recopiladas por el propio autor. La última edición conjunta de la narrativa breve fue el volumen III de las *Obras completas* en la Biblioteca Castro, publicado en 2000, donde se reunieron todos los textos que podemos considerar de este tipo conocidos hasta entonces, entre ellos *Trece dioses*, novela corta recuperada por Geraldine M. Scanlon en 1989, y el cuento «Los muertos vuelven», rescatado el mismo año por José Tomás Cañas. Bien es cierto que a alguien le pueda parecer que falta algún título, como «La venganza de don Cristóbal», que no es otra cosa que una versión de *Padre e hijo*, incluida con este título en la colección *Bajo el signo de Artemisa*. Es necesario hacer el estudio de versiones, pero en su lugar adecuado: ediciones críticas o anotadas.

EL RELATO BREVE EN RAMÓN PÉREZ DE AYALA

El establecimiento del corpus de relatos breves del escritor ovetense puede ser, hasta cierto punto, conflictivo. No lo es en casos como los ya mencionados de las dos piezas teatrales que García Mercadal consideró narraciones³, pero sí puede resultar complejo, y siguiendo de nuevo al recopilador y editor de textos ayalinos, los artícu-

² Conocida es la prohibición expresa que se le hizo a la editorial Aguilar de publicar *A.M.D.G.*, lo cual no impidió al editor recoger en el prólogo a estas *Obras completas* un estudio de esta novela de 1910 (XLIII-LI).

³ Desconocemos las razones por las que el profesor Lozano Marco (1983) incluye estos textos en el estudio de la narrativa breve, aunque deje bien expreso que se trata de escritos dramáticos, y finalmente obvia *La revolución sentimental*.

los que Miguel Ángel Lozano Marco llega a considerar como relatos. El investigador alicantino estima, tanto en la ordenación que presenta de la obra breve del escritor (Lozano Marco 1983: 39-41), como en el cuerpo de su estudio, un importante número de este tipo de textos como cuentos o, en todo caso, para-cuentos. Incluye un total de siete escritos de esta clase, que aquí no se consideran relatos por diversas razones que se explicarán más adelante⁴.

Las definiciones genéricas de «cuento» o «relato» son innumerables, sencillamente porque resulta imposible dar una definición que satisfaga a todas las perspectivas posibles. Sí se suele estar de acuerdo en que se trata de una narración de breves dimensiones en la que se cuenta una historia de ficción con un número reducido de personajes y de intriga no demasiado elaborada. En esta definición, posiblemente de consenso, quedan dos rasgos establecidos como esenciales: su extensión reducida y su carácter totalmente ficticio, al margen de su mayor o menor verosimilitud.

Con el desarrollo de la prensa en el siglo XIX, y su incesante y cada vez mayor necesidad de originales, los escritores entraron definitivamente tanto en este ámbito particular de la profesionalidad literaria como en la tarea de construir un modelo moderno de periodismo. Su función de opinar desde un pensamiento intelectual sobre las cuestiones sociales más destacadas del momento se combinaba con su propia actividad creativa, que con mucha frecuencia se veía reflejada en los mismos medios en que editaba sus artículos y ensayos de opinión. Como indica Ezama Gil (1992: 43), esta «forzosa convivencia de formas literarias y periodísticas en el seno de las publicaciones periódicas determina el mutuo influjo entre ambas, con la consiguiente quiebra de los límites entre realidad y ficción. En el cuento, esta ruptura se manifiesta en una constante aproximación a la realidad», y viceversa, claro está. Ello supone «una ruptura de los límites entre realidad y ficción, que se manifiesta no solo en la mutua implicación entre noticia periodística y relato de ficción, con el consiguiente trasvase de estructuras y contenidos de uno a otro, sino también en las vacilaciones con que estas categorías generales, realidad y ficción, son tratadas en los cuentos.» (Ezama Gil 1992: 47). Lo cierto es que si el carácter intelectual y el hábito analítico de la realidad de los escritores adquirido en el trabajo periodístico influyó notablemente en su forma de crear obra de ficción (y de lo que será un destacado ejemplo el cuasi abandono de la narrativa fantástica que había protagonizado el Romanticismo en la primera mitad del siglo XIX), no menos influyeron las formas narrativas en los modelos de expresión ensayística. La enorme experimentación que se efectuó en las últimas décadas del siglo XIX y, sobre todo, en el período modernista de finales del siglo decimonono y principios del XX, tuvo a la prensa como laboratorio de tales ejercicios.

⁴ Son las siguientes publicaciones: «La caverna de Platón», *El Gráfico*, Madrid, 14 de junio de 1904: 7; «Un mártir», *El Gráfico*, Madrid, 4 de julio de 1904: 5-6; «Mascarita, ¿me conoces?», *Heraldo de Madrid*, 3 de marzo de 1911: 2; «Suprema entrevista», *Heraldo de Madrid*, 14 de abril de 1911: 2; «La vieja y la niña», *Heraldo de Madrid*, 5 de mayo de 1911: 3; «El pueblo. El hombre. El asno. Estampa», *El Sol*, Madrid, 19 de septiembre de 1920: 1; «La fiesta del árbol», *El Sol*, Madrid, 17 de noviembre de 1920.

La crónica modernista, si bien tenía sus raíces en las formas de la crónica social burguesa decimonónica, se amplió en sus estructuras y fines creando un riquísimo modelo del que aún vive la prensa a día de hoy. Y un claro ejemplo de ello fue este tipo de artículos en los que el autor pretende mostrar una opinión sobre algún asunto de actualidad, pero en vez de ofrecer un texto discursivo, elaborado desde el yo intelectual, como es el modelo tradicional del ensayo, se hace desde una apariencia de ficción narrativa en la que el autor puede estar o bien prácticamente ausente o aparecer al modo de testigo privilegiado. No es algo muy distinto de lo que hiciera mucho antes Mariano José de Larra, maestro máximo en estas lides periodísticas para los autores finiseculares.

Tanta fortuna tuvo este sistema de exposición de ideas que en el periodismo actual se mantiene el formato con bastante asiduidad. Claro ejemplo de ello es la labor de Juan José Millás con sus llamados «articuentos», nueva reformulación de un ya veterano modelo, aunque se crea que fue inventado por él, tal como expresa una estudiosa de este género⁵:

Puede definirse el «articuento» como un subgénero periodístico resultado de la hibridación entre el microrrelato y la columna de opinión. Tal término fue acuñado en 1993 por el escritor y periodista Juan José Millás, para referirse a un tipo de artículos más próximos a los textos de ficción, a la fábula o al microrrelato fantástico, que a las columnas de opinión al uso. [...] Los articuentos de Juan José Millás podrían encuadrarse dentro de una corriente surgida hacia 1970, con el nombre de Nuevo Periodismo.

El Nuevo Periodismo aplica las estrategias y técnicas de la narrativa y el ensayo a la no-ficción y a la columna de opinión. [...] poseen una ineluctable dimensión literaria. Tal dimensión literaria se advierte también en los artículos periodísticos publicados en nuestro país en época más temprana. (Mancera Rueda 2009-2010).

Dejando al margen el abusivo empleo del término «microrrelato», e incluso su ejercicio excesivo para lo que ofrece a la literatura, nada de lo que caracteriza al «articuento» deja de caracterizar a una infinidad de trabajos literarios creados un siglo antes.

Y precisamente Ramón Pérez de Ayala puede que sea uno de los autores más destacados en su tiempo en el ejercicio de este formato ensayístico. Ni mucho menos son solo los siete textos que destaca Lozano Marco los que contemplan esta fórmula para la expresión de ideas. El escritor asturiano aún dejó decenas y decenas de escritos de este tipo que, sin lugar a dudas, requieren un estudio particular y muy atento. Sin embargo, si son escritos con principios y técnicas narrativas, ¿por qué no se consideran aquí como cuentos? Principalmente, por la intencionalidad. El cuento pretende, como ya se ha dicho, desarrollar en un breve espacio una ficción, con visos de verosimilitud, o todo lo contrario. La ficción es, pues, su principio máximo. Lo que podríamos llamar más apropiadamente «artículo narrativo» o «artículo-cuento» no quiere ofrecernos una ficción, sino un retrato de algún asunto real que le es presentado

⁵ El escritor y periodista publicó una amplia colección de este tipo de textos en *Articuentos*, Barcelona, Alba Editorial, 2001.

al lector en forma narrativa, pero que conlleva el desarrollo del asunto intelectual y la opinión expresa del autor.

Contemplando estos principios, podemos establecer que por nuestro conocimiento a día de hoy se estiman como novelas cortas un total de veintiún textos, catorce de ellos recogidos en volumen por el autor (seis en *Bajo el signo de Artemisa*, tres en las *Novelas poemáticas de la vida española* y cinco en *El ombligo del mundo*) y siete en otros volúmenes posteriormente (*vid.* el cuadro bibliográfico). Como cuentos teníamos conocimiento de otros veintiún escritos, reeditados en momentos diversos desde 1962 hasta 1989. Veintidós años después podemos hablar de veinticuatro cuentos originales de Pérez de Ayala, gracias a que podemos recuperar en este estudio tres relatos más que permanecían hasta hoy perdidos.

LOS CUENTOS OLVIDADOS

Dos de las tres narraciones que se recobran en este trabajo fueron publicadas en el mismo medio y con pocos meses de distancia entre sí: «Pastor de almas» se edita en febrero de 1909, y «Marieta y Joe» en agosto del mismo año, ambas en la revista bonaerense *Caras y Caretas*. El tercer cuento, «Navidad. Cartas y notas varias», se editó en 1915 en la revista madrileña *La Ilustración Española y Americana*, publicación de orígenes muy decimonónicos, donde Pérez de Ayala nunca había colaborado, ni volvió a hacerlo.

Los tres relatos muestran tres modelos narrativos muy distintos y distantes entre sí, y no solo en cuanto a los temas, escenarios y personajes que nos expone, sino en lo que a los estilos literarios se refiere. Ello posiblemente se debe a la distancia de la escritura entre los tres textos.

En efecto, aunque por la fecha de edición podríamos sospechar que los dos primeros se pudieron escribir en momentos próximos, no fue así. De la primera narración ya teníamos alguna noticia, aunque se daba por obra perdida, y que nos sirve para fechar su escritura. El 16 de marzo de 1906 Pérez de Ayala le escribía a su amigo Miguel Rodríguez-Acosta y, entre otros asuntos, trata del concurso de cuentos de *El Liberal*, periódico que el día anterior había publicado su relato recomendado «Los muertos vuelven»:

Habrás visto que me han recomendado un cuento en *El Liberal*. Los señores del jurado son unos abedules. Yo envié dos cuentos, uno en serio, bastante guapo, aunque me esté mal el decirlo (Enrique lo conoce: *Pastor de almas*), el otro de coña, pero escrito a máquina. Y van ellos y se fijan en el último, sin duda por lo de la máquina. Si te digo que este mundo es una guasa divina (Pérez de Ayala 1980: 62).

Teníamos esta referencia a un texto del que nunca se tuvo ninguna pista. Sorprende el hecho de que un relato que tanto parecía satisfacer a su autor («bastante guapo, aunque me esté mal el decirlo»), no lo lanzase a su publicación en otro medio, por ejemplo en *Los Lunes de El Imparcial*, donde ese mismo año de 1906 publica

cuatro cuentos, colaboraciones muy bien pagadas y que tenían una enorme difusión, o en *Blanco y Negro*, donde también publicaba ese año otra narración y donde venía editando este tipo de escritos desde 1903. Pero prefirió guardarlo en el cajón, y de él no hubo de salir hasta tres años más tarde. Seguramente hacia finales de 1908 la famosa e influyente revista de Buenos Aires *Caras y Caretas*, muy poderosa también en cuestiones económicas, solicitó al joven escritor ovetense colaboraciones, y posiblemente le indicaron que preferían las de carácter creativo que ensayístico, algo que se puede deducir por las primeras publicaciones suyas que aparecieron. En efecto, Pérez de Ayala debió de decidir entonces rescatar este relato inédito para abrir su colaboración en el medio bonaerense. A «Pastor de almas» le siguió, en mayo, una reedición del cuento «En la quintana», aparecido tres años antes en *El Imparcial*, resultando su tercera aportación otro texto inédito, «Marieta y Joe», que muy posiblemente fue escrito ya expresamente para la revista argentina. El año siguiente, 1910, aparece su cuarta participación, y de nuevo era un relato no editado, «El delirio», que varios meses después reimprimía en *El Imparcial*. Se relajó entonces su contribución en *Caras y Caretas*, y su nombre no volvió a aparecer hasta enero de 1911, en que edita un poema con el título de «Alegorías. Hora es del premio», poema que dos años después integraría en *Troteras y danzaderas*. Y ya, hasta 1914, no volveremos a encontrar la firma de Ayala en otro texto suyo, en este caso en un primer escrito ensayístico: «Viajes por España. El nomadismo y el turismo».

«Pastor de almas», en la clasificación que realiza Lozano Marco (1983: 134-6), podríamos integrarlo dentro del grupo de «Naturalismo y Simbolismo». Abandona la línea simbolista-decadente, como también hiciera en «Los muertos vuelven», donde «los protagonistas de los cuentos [...] son seres de vitalidad primitiva, simples y espontáneos, totalmente opuestos al problemático protagonista de las novelas mayores» (Lozano Marco 1983: 135). Como refiere este investigador, José-Carlos Mainer ya indicó que el naturalismo-simbolista muestra una naturaleza brutal donde el escritor pequeño-burgués no puede hallar solución posible al conflicto (*apud* Lozano Marco 1983: 135). En el caso de este relato, Pérez de Ayala se preocupa muy especialmente en crear una figura excepcional, la de don Romualdo, cura de la aldea asturiana de Margolles, nombre que coincide con el de una parroquia de Cangas de Onís, aunque muy posiblemente intente reflejar un lugar simbólico, pues los otros dos topónimos que emplea (Cenirella y Santiago de Serres) parecen ficticios. Este ser, eclesiástico brutal que es retratado más como un ser salvaje que como un cabal sacerdote, supera la pura anécdota final del relato en la que ejecuta-asesina a tres salteadores de caminos con una facilidad pasmosa. Lo que podría tenerse como núcleo temático del relato, el intento de robo nocturno y la rápida y eficaz acción del cura con resultado de muerte para los tres asaltantes, se resuelve con una enorme rapidez frente al más moroso y detallado relato previo en donde el eje central se encuentra en la continua y desacreditadora descripción del cura de Margolles. Resultado de la naturaleza brutal de la aldea remota es un espécimen de su clase, verdadero salvaje, desmedido en toda clase de acción, incluso en la práctica de su oficio. Quien es capaz de embuchar hasta siete platos de fabada seguidos, demasiado bien regados con sidra, es descrito de la siguiente manera:

Era un mozalbón de gigantesca estructura, frisaba en los treinta y tres, manigrande y velloso, porráceo el color de la piel rasurada, abermellonado en el resto del rostro, lasciva boca faunesca, pupila parda y mirar de lujuria, voz de sochantre, espesa y caudalosa, que levantaba resonancias, restallando contra las paredes, y estremecía los vidrios del aparador. Su voz tonante, su ciencia del tresillo, su fama de cutre; he aquí las tres cualidades que le alzaban en miramiento sobre los otros curas aldeanos y le ponían aureola de tres potencias en el tonsurado cogote. Fuera Dios entre aquellos semi-dioses, si la crueldad y dureza del alma no le abajase un tanto del ideal del sacerdocio rústico, de la cura de almas y manso pastoreo del parroquial rebaño.

No queda Pérez de Ayala satisfecho con tal pintura, sino que nos va especificando algunas de las características de este «pastor de almas» más próximo a un energúmeno desequilibrado que a un ser con mínimas y exigibles luces. Nos muestra el narrador cómo, ante cualquiera de sus ovejas que él estimase descarriada, su método de corrección consistía en romper costillas o piernas bien a pedradas, bien a palos, y que aquel joven que no acudiese solícito a los deberes dominicales en el templo, había de verse convencido a hacerlo mediante «puñadas, cachetes, coscorriones del forzado pastor». Pero la justificación, o la responsabilidad, no la atribuye el narrador tanto a las condiciones ambientales como a debilidades del pobre espíritu del cura:

Los compañeros reprochábanle su sanguinaria condición. Hay cierta forma cauta del vicio, ineludible testimonio y muestra de la flaqueza humana, que sin enaltecerlos puede acoplarse con los menesteres sacerdotales; en esta categoría se comprenden la afición al dorado zumo de la manzana, la complacencia continua en el tresillo o el monte y reloj si se terciá, y esa invencible inclinación del sexo a su contentamiento y satisfacción.

Claro que sus propios compañeros de profesión en nada tenían estos aspectos de su personalidad como dignos de reproche, solo contra «su señorial imperio sobre los feligreses, ejercitado a fuerza de puños». Su retrato se completa con la narración de un viaje de ocho días a Madrid, y donde lo más destacado del mismo fue su asistencia a una corrida de toros, que le fascina, imaginándose a sí mismo como picador de toros, y, sobre todo, por la narración de sus encuentros con «las tales», las *scortum*, como precisa Ayala más tarde, recuerdo este de las prostitutas callejeras que es lo que llena de paz su alma atribulada. Ejemplo de ello lo tenemos cuando ejecuta a los tres asaltantes a golpes de piedra, en que retorna hacia su rectoral, «con el ánimo sereno, rememrando las calles penumbrosas de la corte, ya quebrada la noche...». Dedúzcase, finalmente, la carga irónica y humorística del título del cuento.

«Marieta y Joe», escrito probablemente entre 1908 y 1909, entraría dentro de otro esquema bien distinto a «Pastor de almas» y, por sus rasgos propios, no encajaría en ninguno de los subgrupos que establece Lozano Marco; por lo que podríamos hablar de un tipo de relato nuevo entre los conocidos de Pérez de Ayala.

Lo primero que llama la atención de esta ficción es que, hasta el momento, se han podido localizar hasta tres versiones distintas, y pese a ello ha permanecido oculto. Entre su primera publicación y sus reediciones pasaron muchos años. En las reimpressiones encontramos leves correcciones (que se señalan en nota en la edición), pero

que evidencian la revisión al que lo sometió el autor previamente a su nueva entrega al público, catorce años después.

El relato se enmarcaría en la nueva tendencia de narraciones de ambiente cosmopolita, tipo de creación surgida en el Modernismo literario, muy notablemente en los escritores que, a caballo de la tendencia finisecular, se extendería a muchos de los autores que podemos encuadrar en la generación de 1914. Lo curioso es que Pérez de Ayala no había participado con ninguna historia, que conozcamos, en dicha modalidad narrativa. Su carácter esencial es que la acción se sitúe en algún lugar cosmopolita en el extranjero, en ambientes altoburgueses o aristocráticos, y donde se manifiesten elementos propios de la modernidad más avanzada. «Marieta y Joe» se desarrolla en Londres, en dos momentos distintos con un salto temporal no marcado. En el primero se nos presenta a los protagonistas, cuyos nombres dan título al cuento. Joe trabaja en una banca de la City, al servicio de un judío que tiene la extraña costumbre —frente al tópico más que tradicional— de gratificar el buen trabajo de sus asalariados, y en este caso a Joe le toca verse beneficiado con cincuenta libras esterlinas extras por sus «servicios y actitud inteligente». Pronto se pone en entredicho esta consideración, porque la imagen que nos va a ofrecer de inmediato del empleado nos muestra, precisamente, todo lo contrario: las escasas luces del beneficiado. Tras perder el tiempo en diversas acciones sin interés, marcha al Hipódromo a presenciar una función circense. Ayala, con su consabida ironía humorística, nos lo presenta como un hombre de muy menguada inteligencia:

Ante un hércules teutón, que hacía mil prodigios de esfuerzo, estuvo a punto de sentirse germanófilo. Unos perros sabios le inspiraron fuerte afecto fraternal. Gracias a las insólitas *performances* de un solemne buey, adiestrado por una india, comprendió la religión de los egipcios y el culto de Apis, del cual tenía muy vagas noticias.

Por sí quedan dudas entre sus finas ironías, el narrador va a ser mucho más explícito: «con penoso esfuerzo de su inteligencia tardía». En esta situación se sienta a su lado una belleza mediterránea, de la que sospecha si puede ser una prostituta, y que inmediatamente se nos presenta como una napolitana deprimida por ese Londres oscuro e insulso. El lector pronto comprende que su función es atrapar al limitado Joe para algún turbio asunto, cosa que comprobamos de inmediato cuando se entrega a Marieta totalmente vencido: «De esta suerte Marieta sometió la voluntad de Joe».

La segunda parte del cuento tiene la función de desarrollar, precisamente, para qué quería Marieta poseer la voluntad de Joe. Ahora sí entramos en el ámbito más cosmopolita: la acción tendrá lugar en el Hotel Savoya, en el Strand londinense, donde se hace exhibición de alojamientos opulentos, de servicio de alto nivel y de acceso a los lujos más preciados. En este ambiente adivinamos que se va a desarrollar un complot para realizar un robo de altos vuelos: sustraer un saquito de alhajas de gran valor a un joyero. La estratagema es inteligente, y en un principio Joe logra hacerse con el botín. Pero la diligencia del *manager* del hotel descubre el intento de robo que se resuelve de una forma sorprendente e inesperada: Joe se suicida cortándose el cuello. Una coda cierra la narración: una dama morena se dispone a comer en el restaurante del hotel, donde se informa del acontecimiento del día en el Savoya. Sospecha-

mos que se trata de Marieta, pero no queda en absoluto explícito en la primera versión, pues concluye con desapego lamentando la pobre suerte del empleado de banca y pidiendo «*champagne frappé*». Pero en las versiones de 1923 y 1924, Pérez de Ayala quiso ser más claro, sustituyendo la bebida francesa por «*Asti spumante*, helado», que nos remite indefectiblemente a la italiana.

«Navidad. Cartas y notas varias», de 1915, es, sin lugar a dudas, de los tres cuentos que aquí se presentan el menos interesante desde un punto de vista literario, pero muy atractivo desde otras perspectivas. La narración, en primer lugar, nos presenta un nuevo tipo de estructura también novedosa dentro de la obra creativa de Pérez de Ayala por entonces: es un relato epistolar, en primera instancia, y a modo de diario en la segunda parte del texto. Sin embargo, su principal interés se halla en los muchos rasgos autobiográficos que podemos localizar en él. La acción, en sí, es casi inexistente, y sirve para mostrarnos varios estados de ánimo en diversas situaciones y momentos de la vida de un joven. En su primera parte, el escritor desarrolla una visión de la Nochebuena desde dos situaciones de penosidad extrema que ofrecen una mirada negativa de la celebración máxima del cristianismo. Estas dos percepciones se ofrecen a través de dos cartas. La primera resulta la más autobiográfica; cinco años después de escribir *A.M.D.G.*, vuelve a ofrecer una mirada negativa, mucho más sintética, por supuesto, de su estancia en el Colegio de Jesuitas. En muy pocas líneas muestra, llena de claves e ironía, una imagen patética de la educación jesuítica y de la vida en una institución así. Desde la perspectiva inocente e infantil del narrador (Leopoldo) que escribe a sus padres, nos va manifestando la incapacidad didáctica de un centro de este tipo (donde un profesor, por ejemplo, lo puede ser de Historia Natural, Metafísica, Francés, Dibujo de figura y Gimnasia de cuerdas, todo en un mismo ser y que difícilmente puede dejar de desentonar en estas capacidades), y el carácter miserable de los padres, como muestra ingenuamente el niño Leopoldo al narrar el entretenimiento promovido por los religiosos de jugar a la Lotería con dinero real, que luego se les pasaría a la cuenta mensual que debían pagar los progenitores. Y todo este juego a cambio de algún premio «precioso» por unas buenas cantidades monetarias. Pero lo más tremendo de la carta son los seis añadidos que debe introducir en la carta el pupilo, seguramente dictados por los celosos padres educadores que controlan el escrito del niño, donde este debe ir puntualizando lo que dice para elogiar la sabiduría, la bondad y el mucho amor que les profesan los jesuitas, al tiempo que indica cómo engrandecen su amor a Dios y su honestidad. Quien quisiera leer entre líneas, encontraría un ataque tan feroz a la institución educadora jesuítica como en la novela de 1910.

La segunda carta la dirige Leopoldo a un compañero amigo del internado, recién abandonada la institución por el joven estudiante. El balance de su estancia en el Colegio de Jesuitas es calibrado como una experiencia poco positiva, aunque crea en él un anhelo de libertad que se consolida como su objetivo vital: «Los dos últimos años de Colegio no ignoras que me pesaban ya algo. Anhelaba la libertad, el estar en mi casa. El Colegio me parecía un poco cuartel». La anécdota de la segunda epístola es su sentimiento de abandono en un Madrid en Nochebuena, el cual le parece el in-

fierno, precisamente porque muestra la libertad que deseaba y de la que carecía en el internado, claro efecto de la educación allí recibida:

Lo que se presentó ante mis ojos era ni más ni menos que la Revolución francesa, en las calles de París, con las turbas enloquecidas de desarrapados, tal como nos lo describía el padre Mondragón. Todas las mujeres parecían furias; todos los hombres facinerosos.

El abandono de su padre en esa señalada noche, al que encuentra por las calles con una prostituta, no pasa de ser la nota triste de la carta a su amigo Juan.

Un importante salto temporal y de estructura narrativa nos conduce a la segunda parte del relato. Ahora la forma de la escritura será el diario. Convertido en marino, profesión a la que le han llevado sus ansias de libertad, nos muestra en una primera entrada a Leopoldo con veintisiete años, en una nueva Nochebuena, con un poderoso sentimiento que todavía le tortura: «¡Qué libre soy! Quiero decir ¡qué solo estoy!». Por un posible problema en la composición tipográfica del texto, sin entradilla, nos lo encontramos en otro momento temporal distinto sin solución de continuidad. Ahora Leopoldo tiene treinta años, y sigue siendo marino. Tras llegar a Génova y disponiendo de un par de semanas libres, decide marchar con unos compañeros a Florencia. Y retornamos a los elementos autobiográficos de la narración; como a él le ocurriera en 1911, y en la misma ciudad italiana, conoce a una norteamericana, Helen Wells (o Mabel Rick), de la que se enamora:

Una, entre todas, me ha llamado la atención. Se llama Hellen [*sic*] Wells. No sé si es hermosa. A mí me lo parece. Creo que principalmente su hermosura es una belleza que yo diría interior, o sea, que sin necesidad de mirarla, la siento ante los ojos de mi espíritu. [...] ella conoce que me gusta... es decir, que estoy enamorado de ella. También sé que ella me quiere.

Un nuevo asiento en su diario, fechado a 12 de mayo, y cuando tiene treinta y dos años, nos narra el nacimiento de su primer hijo: «Por fin, me trajo nuevamente a la realidad el llanto de mi hijo, de mi primogénito». Lo mismo le había ocurrido a Pérez de Ayala tan solo un año antes; en octubre de 1914 había nacido Juan, su primogénito.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CAÑAS JIMÉNEZ, José Tomás (1989): "Un cuento olvidado de Ramón Pérez de Ayala". *Campus* 11, 59-64.
- EZAMA GIL, Ángeles (1992): *El cuento de la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*. Zaragoza: Prensas Universitarias.
- FRIERA SUÁREZ, Florencio & José Tomás CAÑAS JIMÉNEZ (1992): "Colaboraciones periodísticas de Ramón Pérez de Ayala: Crítica de ediciones e índices". En *Actas del Primer Congreso de Bibliografía Asturiana. Principado de Asturias*, t. II. Oviedo: Principado de Asturias, Consejería de Educación, Cultura, Deportes y Juventud, 941-1040.

- LOZANO MARCO, Miguel Ángel (1983): *Del relato modernista a la novela poemática: la narrativa breve de Ramón Pérez de Ayala*. Alicante: Universidad / Caja de Ahorros Provincial.
- MANCERA RUEDA, Ana (2009-2010): "El «articuento»: una tradición discursiva a medio camino entre el periodismo y la literatura". *Especulo. Revista de Estudios Literarios* 43. <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero43/articuen.html>>.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1964): *Obras completas*, vol. I. Ed. de José García Mercadal. Madrid: Aguilar.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1965): *Obras completas*, vol. II. Ed. de José García Mercadal. Madrid: Aguilar.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1980): *Cincuenta años de cartas íntimas 1904-1956 a su amigo Miguel Rodríguez-Acosta*. Ed. de Andrés Amorós. Madrid: Castalia.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (2000): *Obras Completas, III. Novelas cortas y cuentos*. Ed. de Javier Serrano Alonso. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, Biblioteca Castro.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (2002): *Obras Completas, IV. Obra poética. Traducciones poéticas. Teatro. Prólogos*. Ed. de Javier Serrano Alonso. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, Biblioteca Castro.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (2003): *Obras Completas, V. «Las máscaras». Artículos y ensayos sobre teatro, cinematografía y espectáculos*. Ed. de Javier Serrano Alonso. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, Biblioteca Castro.

CUENTOS Y NOVELAS CORTAS ORDEN CRONOLÓGICO

En esta tabla bibliográfica se ofrecen los datos en tres columnas: en la primera a la izquierda, mediante una abreviatura, se indica la categoría de novela corta [NC] o de cuento [C], según el texto; en la segunda, el título o títulos que ha tenido el escrito, y en la tercera los datos bibliográficos de sus primeras publicaciones. En un cuerpo inferior, bajo esta tercera columna, se incluyen mediante abreviaturas los lugares donde han sido recogidas y reeditadas las narraciones. Con un asterisco delante de los datos bibliográficos se indican aquellos que se introducen, por vez primera, en este cuadro sinóptico.

NC	<i>Trece dioses. (Fragmentos de las memorias de Florencio Flórez).</i>	<p>* <i>El Progreso de Asturias</i>, Oviedo, 24 de junio, pp. 3-4, 25 de junio, pp. 3-4, 26 de junio, pp. 3-4, 27 de junio, pp. 3-4, 28 de junio, pp. 3-4, 29 de junio, pp. 3-4, 30 de junio, pp. 1-2, y julio de 1902 [Datos completos de las siete primeras entregas].</p> <p>* <i>Trece dioses. (Fragmentos de las memorias de Florencio Flórez)</i>, Oviedo, Biblioteca de El Progreso de Asturias, Imp. La Económica, 1902.</p> <p><i>Trece dioses. (Fragmentos de las memorias de Florencio Flórez)</i>. Ed. de Geraldine M. Scanlon. Madrid: Alianza, Alianza Tres, 242, 1989.</p>
		OcBC 2000, pp. 1-55.

NC	"Una aventura del padre Francisco" / "El otro padre Francisco".	<i>Helios</i> , Madrid, VI, junio de 1903, pp. 286-294.
		BsA 1924, pp. 9-22; BsA 1943, pp. 11-19; OC II 1963, pp. 869-877; OS 1989, pp. 431-441; ACE 1994, pp. 149-158; OcBC 2000, pp. 63-72.
C	"Viudo. Fragmento de las memorias de Florencio Flórez".	<i>Blanco y Negro</i> , Madrid, XIII, 645, 5 de septiembre de 1903 [con dos ilustraciones de Regidor].
		R 1962, pp. 95-101; OC I 1964, pp. 1082-1087; OcBC 2000, pp. 775-780.
C	"Tío Rafael de Vaquín".	<i>Blanco y Negro</i> , Madrid, XIII, 656, 28 de noviembre de 1903 [con dos ilustraciones de Martínez Abades]. * <i>Diario Oficial de Avisos de Madrid</i> , Madrid, 16 de diciembre de 1907, pp. 1-2. <i>Norte</i> , Madrid, II, 12, octubre de 1930. * <i>Social</i> , La Habana, XV, 12, diciembre de 1930, pp. 20 y 64.
		R 1962, pp. 103-109; OC I 1964, pp. 1087-1091; OcBC 2000, pp. 781-786.
NC	"Cruzada de amor. Novela de los tiempos medioevales" / "Cruzado de amor. Novela romántica".	<i>Hojas Selectas</i> , Barcelona, III, 25, enero de 1904, pp. 27-32; III, 26, febrero de 1904, pp. 151-160; III, 27, marzo de 1904, pp. 244-252; III, 28, abril de 1904, pp. 344-353; III, 29, mayo de 1904, pp. 401-405 [con quince ilustraciones de J. Pey]. * <i>Cruzada de amor. Novela de los tiempos medioevales</i> , Buenos Aires, <i>La Novela Semanal</i> , IX, n.º 398, 29 de junio de 1925.
		BsA 1924, pp. 23-105; BsA 1943, pp. 21-65; OS 1957, pp. 659-705; OC II 1963, pp. 878-924; OcBC 2000, pp. 73-133.
C	"Quería morir..."	<i>El Imparcial</i> , Madrid, 1 de febrero de 1904, p. 4.
		R 1962, pp. 229-235; OC I 1964, pp. 1170-1173; OcBC 2000, pp. 787-792.
C	"La nación".	<i>Blanco y Negro</i> , Madrid, XIV, 668, 20 de febrero de 1904 [con dos ilustraciones de Regidor].
		R 1962, pp. 111-117; OC I 1964, pp. 1091-1095; Ant 1980, pp. 103-110; AAPA 1980, pp. 189-193; RH 2000, pp. 35-46; OcBC 2000, pp. 793-798.
NC	"Espíritu recio".	<i>Helios</i> , Madrid, II, 13, abril de 1904, pp. 396-416.
		R 1962, pp. 57-79; OC I 1964, pp. 1053-1072; OcBC 2000, pp. 799-817.

C	“El Raposín”.	<i>Blanco y Negro</i> , Madrid, XIV, 687, 2 de julio de 1904 [con dos ilustraciones de Méndez Bringa]. R 1962, pp. 11-17; OC I 1964, pp. 1021-1025; AAPA 1980, pp. 171-175; OcBC 2000, pp. 819-824.
C	“La espalera”.	<i>Blanco y Negro</i> , Madrid, XIV, 697, 10 de septiembre de 1904 [con dos ilustraciones de Juan Francés]. R 1962, pp. 143-149; OC I 1964, pp. 1116-1119; OcBC 2000, pp. 825-830.
C	“Iniciación”.	<i>El Imparcial</i> , Madrid, 10 de septiembre de 1904, p. 3. R 1962, pp. 237-244; OC I 1964, pp. 1174-1178; AAPA 1980, pp. 217-221; OcBC 2000, pp. 831-837.
C	“La última aventura de Raposín”.	<i>La República de las Letras</i> , Madrid, 1, 6 de mayo de 1905. R 1962, pp. 19-32; OC I 1964, pp. 1025-1035; AAPA 1980, pp. 177-187; OcBC 2000, pp. 839-850.
NC	“El último vástago”.	<i>Hojas Selectas</i> , Barcelona, IV, 42, junio de 1905, pp. 535-542; IV, 43, julio de 1905, pp. 626-632; IV, 44, agosto de 1905, pp. 721-727; IV, 45, septiembre de 1905, pp. 824-832; IV, 46, octubre de 1905, pp. 921-928; IV, 47, noviembre de 1905, pp. 1015-1022 [con quince ilustraciones de J. Pey]. <i>La Prensa</i> , Buenos Aires, 21-30 de octubre, 1 de noviembre de 1916. OC I 1964, pp. 9-83; OcBC 2000, pp. 263-339.
C	“La prueba”.	<i>Blanco y Negro</i> , Madrid, XV, 738, 24 de junio de 1905 [con dos ilustraciones de Regidor]. <i>La Semana</i> , Madrid, 23, 21 de octubre de 1916, pp. 6-7. * <i>La Idea Moderna</i> , Lugo, 17 de febrero de 1919, p. 1. R 1962, pp. 119-126; OC I 1964, pp. 1095-1100; AAPA 1980, pp. 195-200; OcBC 2000, pp. 851-857.
C	“Los muertos vuelven”.	<i>El Liberal</i> , Madrid, 15 de marzo de 1906, pp. 1-2. * <i>El Liberal</i> , Murcia, 20 de marzo de 1906, p. 1. Cañas Jiménez 1989, pp. 61-64; OcBC 2000, pp. 859-869.

C	“En la quintana”.	<i>El Imparcial</i> , Madrid, 11 de junio de 1906, pp. 3-4. * <i>Las Novedades</i> , Nueva York, nº 1273, 16 de mayo de 1907, p. 6. * <i>Caras y Caretas</i> , Buenos Aires, XII, 553-554, 15 de mayo de 1909, pp. [97]-[98] [con dos ilustraciones de Tolmo]. R 1962, pp. 127-134; OC I 1964, pp. 1107-1111; Ant 1980, pp. 111-119; OcBC 2000, pp. 871-877.
C	“El patriarca”.	<i>El Imparcial</i> , Madrid, 10 de septiembre de 1906, p. 3. OC I 1964, pp. 1100-1107; OcBC 2000, pp. 879-887.
C	“Un instante de amor”.	<i>El Imparcial</i> , Madrid, 15 de octubre de 1906, pp. 3-4. * <i>El Mundo Ilustrado</i> , México, 15, 22, 29 de diciembre de 1907. R 1962, pp. 151-171; OC I 1964, pp. 1120-1136; OcBC 2000, pp. 889-907.
C	“Miguelín y Margarita”.	<i>Blanco y Negro</i> , Madrid, XVI, 813, 1 de diciembre de 1906 [con tres ilustraciones de Méndez Bringa]. R 1962, pp. 135-142; OC I 1964, pp. 1111-1116; AAPA 1980, pp. 207-211; OcBC 2000, pp. 909-915.
C	“La primera grieta”.	* <i>El Imparcial</i> , Madrid, 10 de diciembre de 1906, pp. 3-4. R 1962, pp. 173-185; OC I 1964, pp. 1137-1146; OcBC 2000, pp. 973-983.
NC	<i>Artemisa</i> .	<i>El Cuento Semanal</i> , Madrid, I, 28, 12 de junio de 1907, [20] p. [ilustraciones de Juan Francés]. BsA 1924, pp. 107-166; BsA 1943, pp. 67-105; OS 1957, pp. 707-742; OC II 1963, pp. 925-964; OcBC 2000, pp. 135-182.
C	“Pastor de almas”.	* <i>Caras y Caretas</i> , Buenos Aires, XII, 542, 20 de febrero de 1909, pp. [78]-[79] [con dos ilustraciones de Peláez].
NC	<i>Sonreía. Historia insignificante</i> .	<i>Los Contemporáneos</i> , Madrid, I, 27, 2 de julio de 1909 [ilustraciones de Medina Vera]. OC I 1964, pp. 915-955; OcBC 2000, pp. 341-390.

C	“Marieta y Joe”.	<p>* <i>Caras y Caretas</i>, Buenos Aires, XII, 568, 21 de agosto de 1909, pp. [64]-[65] [con dos ilustraciones de Peláez].</p> <p>* <i>Lecturas</i>, Barcelona, III, 23, abril de 1923, pp. 379-383 [con tres ilustraciones de Calderé].</p> <p>* <i>Centauro</i>, Albacete, I, 11, 26 de julio de 1924, pp. [15]-[16].</p>
C	“El delirio”.	<p>* <i>Caras y Caretas</i>, Buenos Aires, XIII, 602, 16 de abril de 1910, p. [69] [con una ilustración de Peláez].</p> <p><i>El Imparcial</i>, Madrid, 15 de agosto de 1910, p. 3.</p> <p><i>Asturias. Revista Ilustrada del Centro Asturiano</i>, Madrid, septiembre de 1910.</p> <p>R 1962, pp. 193-198; OC I 1964, pp. 1149-1152; AAPA 1980, pp. 213-216; OcBC 2000, pp. 923-927.</p>
C	“La fuerza moral”.	<p><i>El Imparcial</i>, Madrid, 1 de agosto de 1910, p. 3.</p> <p>R 1962, pp. 187-192; OC I 1964, pp. 1146-1149; OcBC 2000, pp. 917-922.</p>
C	“Don Paciano”.	<p><i>El Imparcial</i>, Madrid, 26 de septiembre de 1910, p. 3.</p> <p>R 1962, pp. 199-205; OC I 1964, pp. 1152-1156; CAC 1998, pp. 71-75; OcBC 2000, pp. 929-934.</p>
C	“Las máximas. El eucaliptus. El vástago”.	<p><i>El Imparcial</i>, Madrid, 6 de febrero de 1911, p. 3.</p> <p>OC I 1964, pp. 1179-1184; OcBC 2000, pp. 935-942.</p>
NC	Éxodo.	<p>Madrid, <i>El Cuento Semanal</i>, V, 250, 13 de octubre de 1911, [17] p. [ilustraciones de N. Montero].</p> <p>Madrid, Hispania, Biblioteca Hispania, Libros para Viaje, Imp. Sucesores de Rivadeneyra, s.a., [1923], 112 p.</p> <p>BsA 1924, pp. 167-215; BsA 1943, pp. 107-139; OS 1957, pp. 743-775; OC II 1963, pp. 965-992; AAPA 1980, pp. 223-251; OcBC 2000, pp. 183-214.</p>

NC	<p>“Padre e hijo”.</p> <p>[versión]: “La venganza de don Cristóbal”.</p>	<p>* <i>Hispania</i>, London, 4, 1 de abril de 1912, 106-108. <i>El Sol</i>, Madrid, 6 de agosto de 1924, p. 2. <i>La Prensa</i>, Buenos Aires, 13 de julio de 1924, p. 12 [con ilustraciones de Rodolfo Franco].</p> <p>BsA 1924, pp. 217-233; BsA 1943, pp. 141-151; OS 1957, pp. 777-786; R 1962, pp. 81-94; OC II 1963, pp. 993-1003; OC I 1964, pp. 1072-1082; OS 1989, pp. 497-508; OcBC 2000, pp. 215-226; DPBC 2001, pp. 159-166; TC 2002, pp. 861-869.</p>
NC	<p><i>La araña</i>.</p>	<p>* “Las patrañas burlescas. León, o el celoso póstumo”, <i>Hispania</i>, Londres, 9, 1 de septiembre de 1912, pp. 287-290. <i>El Libro Popular</i>, Madrid, 9, 4 de marzo de 1913, pp. 221-247 [ilustraciones de Bagaría]. * <i>La araña</i> [fragmento], Buenos Aires, <i>La Novela Picaresca</i>, III, 57, [1921].</p> <p>RS 1959, pp. 43-78; OC II 1963, pp. 1075-1107; OcBC 2000, pp. 391-432.</p>
NC	<p>“El Anticristo” / <i>El ejemplo de Rosendo Toral</i>.</p>	<p>* <i>Hispania</i>, London, t. II, n.º 23, 1 de noviembre de 1913, pp. 814-817; t. II, n.º 24, 1 de diciembre de 1913, pp. 848-851; t. III, n.º 25, 1 de enero de 1914, pp. 891-893. <i>El Libro Popular</i>, III, 13, 31 de marzo de 1914, pp. 343-371 [ilustraciones de Luis Blesa]. <i>El ejemplo de Rosendo Toral</i>, Puentegenil (Córdoba), Imp. Marín, <i>La Novela Decenal</i>, I, 3, 30 de abril de 1926, 32 p. [ilustración de cubierta de Máximo Ramos].</p> <p>BsA 1924, pp. 235-288; BsA 1943, pp. 153-186; OC II 1963, pp. 1004-1039; OcBC 2000, pp. 227-262.</p>
NC	<p><i>Prometeo</i>.</p>	<p><i>Prometeo</i>, Madrid, <i>Los Contemporáneos</i>, 336, 4 de junio de 1915, 20 p. [ilustraciones de F. Mota].</p> <p>NPVE 1916, pp. 8-82; NPVE 1920, pp. 7-80; NPVE 1924, pp. 5-86; Pr 1932, pp. 5-40; Pr [1935], pp. 5-40; NPVE 1939, pp. 7-59; OS 1957, pp. 247-290; TNP [1966], pp. 3-44; OC II 1963, pp. 593-635; Pr 1968, pp. 25-94; OcBC 2000, pp. 437-479; NPVE 2008, pp. 107-186.</p>

NC	<i>El profesor auxiliar.</i>	<p><i>La Esfera</i>, Madrid, II, 91, 25 de septiembre de 1915, 3 pp. sin numerar [con tres ilustraciones de Penagos].</p> <p><i>El Sol</i>, Madrid, 1 de mayo de 1924, pp. 3-4.</p> <p>* <i>Lecturas</i>, Barcelona, V, 47, abril de 1925, pp. 345-351 [ilustraciones de Serra Masana].</p> <p>* <i>Social</i>, La Habana, XIII, 3, marzo de 1928, pp. 12, 69, 78 y 85-86.</p> <p><i>Norte</i>, Madrid, mayo de 1930.</p> <p>* <i>ABC</i>, Madrid, 31 de julio de 1955, pp. 5, 7, 9, 11 y 13 [con cinco ilustraciones de Esplandiú].</p>
		<p>OM 1924, pp. 253-279; Batlle 1930, pp. 223-245; SPA [1934]; CH 1939, pp. 107-122; OM 1941, pp. 168-184; OM [1944], pp. 179-198; OC II 1963, pp. 849-862; Pr 1968, pp. 359-380; OM 1982, pp. 267-281; OM 1988; OS 1989, pp. 459-473; C98 1997, pp. 139-156; OM 1998, pp. 309-323; OcBC 2000, pp. 709-721; Lomas 2002, pp. 86-94.</p>
C	"Navidad. Cartas y notas varias".	<p>* <i>La Ilustración Española y Americana</i>, Madrid, LIX, 43, 30 de diciembre de 1915, pp. 998-999 [con dos ilustraciones de Pedro Sánchez].</p>
NC	<i>Luz de domingo.</i>	<p><i>Luz de domingo</i>, Madrid, La Novela Corta, I, 13, 8 de abril de 1916.</p> <p>* <i>Luz de domingo</i>, Santiago de Chile, s.n., 1918.</p> <p>"Luz de domingo", <i>Nuevo Mundo</i>, Madrid, XXXIV, 1.745, 1 de julio de 1927, pp. A-F.</p> <p>* <i>Luz de domingo. Novela poemática</i>, Valencia, Biblioteca Ed. Generación Consciente, <i>La Novela Mensual</i>, 4, Tip. P. Quiles, s. f. [1928]</p> <p>* "Luz de domingo", en <i>Luz de domingo. Novela novelesca [La caída de los Limones]</i>, Madrid, Revista Literaria Novelas y Cuentos, III, 120, 19 de abril de 1931, pp. 3-10 [483-490].</p>
		<p>NPVE 1916, pp. 84-146; NPVE 1920, pp. 81-143; NPVE 1924, pp. 87-161; Pr 1932, pp. 41-68; Pr [1935], pp. 41-68; NPVE 1939, pp. 61-107; NCE 1952, pp. 1299-1316; OS 1957, pp. 291-332; OC II 1963, pp. 639-672; TNP [1966], pp. 45-86; Pr 1968, pp. 95-152; NEP 1989; OS 1989, pp. 331-371; NC 1995; OcBC 2000, pp. 481-519; NPVE 2008, pp. 187-259.</p>

NC	<i>La caída de los Limones.</i>	<p><i>La caída de los Limones</i>, Madrid, <i>Los Contemporáneos</i>, 383, 28 de abril de 1916 [ilustraciones de Avrial].</p> <p>* “La caída de los Limones”, en <i>Luz de domingo. Novela novelesca</i>, Madrid, Revista Literaria Novelas y Cuentos, III, 120, 19 de abril de 1931, pp. 11-21 [491-501].</p>
		<p>NPVE 1916, pp. 148-232; NPVE 1920, pp. 145-233; NPVE 1924, pp. 163-263; Pr 1932, pp. 69-107; Pr [1935], pp. 69-107; NPVE 1939, pp. 109-171; NCE 1952, pp. 1317-1337; OS 1957, pp. 333-389; OC II 1963, pp. 675-723; TNP [1966], pp. 87-143; Pr 1968, pp. 153-230; Lamb 1970; OS 1989, pp. 373-429; OcBC 2000, pp. 521-566; NPVE 2008, pp. 261-357.</p>
C	“El árbol genealógico”.	<p>R 1962, pp. 33-55; OC I 1964, pp. 1035-1053; OS 1989, pp. 475-495; C98 1997, pp. 157-181; OcBC 2000, pp. 943-961.</p>
NC	<i>Pandorga / Un pueblo castellano.</i>	<p>“Un pueblo castellano”, <i>La Prensa</i>, Buenos Aires, 5 de marzo de 1922 [con dos ilustraciones sin firma].</p> <p><i>Pandorga. Novela</i>, Madrid, <i>La Novela de Hoy</i>, I, 3, 2 de junio de 1922 [ilustraciones de Máximo Ramos].</p> <p>* “La novela mensual de Estudios: Pandorga”, <i>Estudios. Revista Ecléctica</i>, Valencia, 72, agosto de 1929, pp. 39-50.</p>
		<p>CC 1935; RS 1959, pp. 79-103; OC II 1963, pp. 1111-1133; OcBC 2000, pp. 567-592.</p>
NC	<i>El ombligo del mundo (Prólogo) / «Grano de Pimienta y Mil Perdones».</i>	<p><i>El ombligo del mundo</i>, Madrid, <i>La Novela Semanal</i>, II, 42, 29 de abril de 1922 [ilustraciones de Penagos].</p>
		<p>OM 1924, pp. 7-72; OM 1941, pp. 7-52; OM [1944], pp. 9-53; OC II 1963, pp. 727-760; (“Prólogo”), AAPA 1980, pp. 253-261; OM 1982, pp. 79-124; OM 1988; OM 1998, pp. 113-161; OcBC 2000, pp. 597-625.</p>

NC	<i>La triste Adriana.</i>	<i>La triste Adriana</i> , Madrid, <i>La Novela de Hoy</i> , II, 78, 9 de noviembre de 1923 [ilustraciones de Bartolozzi]. OM 1924, pp. 73-145; OM 1941, pp. 53-99; OM [1944], pp. 54-103; OC II 1963, pp. 761-797; SL 1967, pp. 235-265; Pr 1968, pp. 233-292; OM 1982, pp. 125-163; OM 1988; OM 1998, pp. 163-205; OcBC 2000, pp. 627-660.
C	"Vida nueva. (Fragmentos de un cuentecillo)".	* <i>El Sol</i> , Madrid, 1 de enero de 1924. R 1962, pp. 217-227; OC I 1964, pp. 1163-1170; OcBC 2000, pp. 963-971.
NC	<i>Don Rodrigo y don Recaredo.</i>	OM 1924, pp. 147-171; OM 1941, pp. 100-115; OM [1944], pp. 104-120; OC II 1963, pp. 798-809; OM 1982, pp. 165-179; OM 1988; OS 1989, pp. 443-457; OM 1998, pp. 207-221; OcBC 2000, pp. 661-673.
NC	<i>CLIB</i>	<i>Revista de Occidente</i> , Madrid, II, 7, enero de 1924, pp. 54-75; II, 8, febrero de 1924, pp. 187-213. OM 1924, pp. 173-251; OM 1941, pp. 116-167; OM [1944], pp. 121-178; OC II 1963, pp. 810-826; Pr 1968, pp. 293-358; OM 1982, pp. 223-266; OM 1988; OM 1998, pp. 265-307; OcBC 2000, pp. 675-708.
NC	<i>Justicia</i>	<i>Justicia. Novela</i> , Madrid, <i>La Novela Mundial</i> , III, 95, 5 de enero de 1928 [ilustraciones de Máximo Ramos]. RS 1959, pp. 105-150; OC II 1963, pp. 1137-1177; OM 1982, pp. 181-222; OM 1998, pp. 223-263; OcBC 2000, pp. 723-769.

ABREVIATURAS

AAPA 1980 = *Antología asturiana de Pérez de Ayala*, presentación y notas bibliográficas de Elías García Domínguez. Oviedo: Caja de Ahorros de Asturias, Biblioteca Académica Asturiana, 2, 1980.

ACE 1994 = *Antología del cuento español 1900-1939*. Ed. de José María Martínez Cachero. Madrid: Castalia, Clásicos Castalia, 203, 1994.

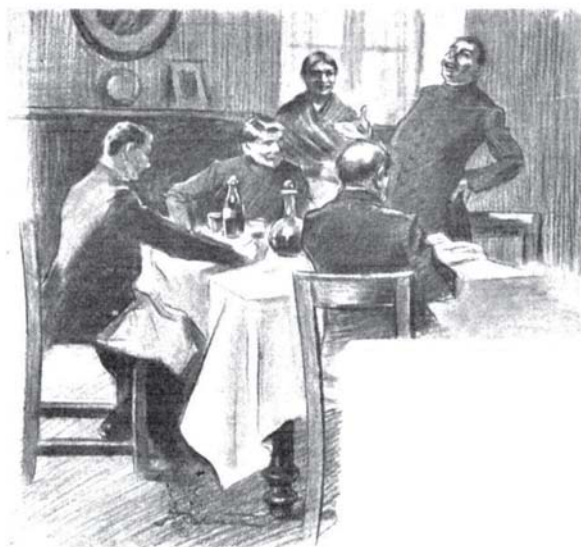
Ant 1980 = *Ramón Pérez de Ayala (1880-1980). Antología*. Ed. de Manuel Fernández Avello. Oviedo: Automóviles Luarca, S.A. (A.L.S.A.), 1980.

- Battle 1930 = Y. Carmen de Battle (ed.), *Cuentos españoles (de autores contemporáneos)*. [París]: Imp. de F. Paillart para las Ediciones Hispano-Francesas de la Librería Cervantes de París, 1930.
- BsA 1924 = *Bajo el signo de Artemisa. Novelas*. Madrid: Renacimiento, Sucesores de Rivadeneyra, Obras Completas, II, 1924.
- BsA 1943 = *Bajo el signo de Artemisa. Novelas*. Buenos Aires: Emecé Editores, Colección Hórreo, serie blanca, 17, 1943.
- C98 1997 = *Cuentos del 98*, prólogo de José María Parreño. Madrid: Clan, Cuentos de Autores Españoles, 12, 1997.
- CAC 1998 = *Cien años de cuentos (1898-1998)*. Madrid: Alfaguara, 1998.
- Cañas Jiménez 1989 = José Tomás Cañas Jiménez, "Un cuento olvidado de Ramón Pérez de Ayala". *Campus*, Universidad de Alicante, 11, primavera-verano de 1989, 61-4.
- CC 1935 = *Cuentos contemporáneos*, ed., intr., notes and vocabulary Doris King Arjona y Edith Fishtine. New York: W. W. Norton, 1935.
- CH 1939 = John A. Crow (ed.), *Cuentos hispánicos*, s.l. [New York]: Holt, Rinehart & Winston, 1939.
- DPBC 2001 = *Doscientas páginas de la Biblioteca Castro*. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2001.
- Lamb 1970 = Anthony Lamb (ed.), *La estilística aplicada*. Glenview (Illinois): Scott, Foresman, 1970.
- Lomas 2002 = Carlos Lomas, *La vida en las aulas. Memoria de la escuela en la literatura*. Barcelona: Paidós, 2002.
- NC 1995 = *La novela corta*, prólogo de José Carlos Mainer. Barcelona: Círculo de Lectores, Biblioteca Universal. Maestros Modernos Hispánicos, 1995.
- NCE 1952 = F. C. Sáinz de Robles (ed.), *La novela corta española. Promoción de «El Cuento Semanal» (1901-1920)*. Madrid: Aguilar, 1952.
- NEP 1989 = *Narraciones de la Edad de Plata. Antología del cuento español del siglo XX (I)*. Madrid: Iberia, Libros de a bordo, 1989.
- NPVE 1916 = *Prometeo. Luz de domingo. La caída de los Limones. Novelas poemáticas de la vida española*. Madrid: Imprenta Clásica Española, 1916.
- NPVE 1920 = *Prometeo. Luz de domingo. La caída de los limones. Novelas poemática de la vida española*. Madrid: Saturnino Calleja, Biblioteca Calleja. Primera serie, 1920.
- NPVE 1924 = *Prometeo. Luz de domingo. La caída de los limones. Novelas poemática de la vida española*. Madrid: Renacimiento, Sucesores de Rivadeneyra, Obras Completas, VIII, 1924.
- NPVE 1939 = *Prometeo. Luz de domingo. La caída de los Limones. Novelas poemáticas de la vida española*. Buenos Aires: Losada, Biblioteca Contemporánea, 40, 1939.
- NPVE 2008 = *Luz de domingo. La caída de los limones. Prometeo. Novelas poemáticas de la vida española*. Ed. de Florencio Frieria Suárez. Oviedo: KRK Ediciones, Tras 3 Letras, 10, 2008.
- OC I 1964 = *Obras completas*, vol. I. Ed. de José García Mercadal. Madrid: Aguilar, 1964.
- OC II 1963 = *Obras completas*, vol. II. Ed. de José García Mercadal. Madrid: Aguilar, 1963.
- OcBC 2000 = *Obras Completas, III. Novelas cortas y cuentos*. Ed. de Javier Serrano Alonso. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, Biblioteca Castro, 2000.
- OM 1924 = *El ombligo del mundo. Novelas*. Madrid: Renacimiento, Sucesores de Rivadeneyra, Obras Completas, XVII, 1924.
- OM 1941 = *El ombligo del mundo*. Buenos Aires: Losada, Biblioteca Contemporánea, 85, 1941, 185 p. [2ª ed., 1946; 3ª ed., 1960].

- OM [1944] = *El ombligo del mundo*, con litografías de Arteché. Buenos Aires: Guillermo Kraft, [1944] [1948].
- OM 1982 = *El ombligo del mundo*. Ed. de Ángeles Prado. Madrid: Orígenes, 1982.
- OM 1988 = *El ombligo del mundo*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1988.
- OM 1998 = *El ombligo del mundo*. Ed. de Ángeles Prado. Madrid: Cátedra, Letras Hispánicas, 442, 1998.
- OS 1957 = *Obras selectas*. Prólogo de Néstor Luján. Barcelona: AHR, Summum, 1957.
- OS 1989 = *Obras selectas*. Ed. de José María Martínez Cachero. [Oviedo?]: Hércules-Astur, Grandes Autores Asturianos 1989, 2ª ed., 1992.
- Pr 1932 = *Prometeo. Luz de domingo. La caída de los Limones*. Santiago de Chile: Revista Literaria Biblioteca Zig-Zag, II, nº 43, 4 de marzo de 1932.
- Pr [1935] = *Prometeo. Luz de domingo. La caída de los limones. Novelas selectas*. Santiago de Chile / México: Editorial Pax, [1935].
- Pr 1968 = *Prometeo. Luz de domingo. La caída de los Limones*. Madrid: Aguilar, Crisol Literario, 37, 1968.
- R 1962 = *El Raposín*. Madrid: Taurus, Narraciones, 6, 1962.
- RH 2000 = *Relatos de humor del siglo xx*. Ed. de José Luis Aragón Sánchez. Madrid: Castalia, Castalia Prima, 11, 2000.
- RS 1959 = *La revolución sentimental. La araña. Pandorga. Justicia*. Buenos Aires: Losada, Biblioteca Contemporánea, 1959.
- SL 1967 = *Selección de lecturas. Curso de español básico*. Barcelona: Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, Colegio Regional de Humacao, Departamento de Español, 1967 [2ª ed., 1970].
- SPA [1934] = *Selections from Pérez de Ayala*, compiled and edited by Noeholson B. Adams and Sterling A. Stoudemire, New York, H. Holt and C^a, Norton Spanish Series, IV, s.f. [1934].
- TC 2002 = *Todos los cuentos. Antología universal del relato breve. II. Del Realismo a nuestros días*, presentada por Ramón Menéndez Pidal y Francisco Rico. Barcelona: Planeta, 2002.
- TNP [1966] = *Tres novelas poemáticas. Prometeo. Luz de domingo. La caída de los Limones*. New York: Las Américas Publishing Co, s.f. [1966].

PASTOR DE ALMAS

Caras y Caretas, Buenos Aires, XII, 542, 20 de febrero de 1909, pp. [78]-[79].
Ilustraciones de Peláez



A través de las leves colgaduras de batista blanca, la luz del sol de estío entraba cernida, suave y lechosa; empapaba los lienzos mirales de azulada jalbegue y bruñía la mate severidad del roble en alacenas, mesa, arcares y sillones. Las moscas sobre aquel luminoso caudal, zumbaban con perezosas espirales, adormeciéndose en la tibieza grata. Blanda ventolina, en ocasiones, movía fugaz revuelo en los cortinajes, haciendo oscilar la sombra violeta de una parra, que sobre ellas trasparecía. Llegaba de fuera clamoreo de campanas, estallido de cohetes, gangoso rezongar de oraciones, recio mugido de litúrgicos cantos, fragancia de flores casi marchitas, opa-

co vocerío de algazara distante, mansos quejidos de gaita y truculencias de tambor.

Exuberante jamona de muy buen garbo y notorio donaire comenzó a trebejar en la estancia. Era el ama del cura de Santiago de Serres, cuya fiesta parroquial se celebraba aquel día. Tendió sobre la mesa los manteles de hilo, obrado a mano, con cenefas carmesí; sobre los manteles colocó platos de relumbrante loza rameada de añil, vasos de cuartillo, de cristal tallado, servilletas muy cucamente plegadas, cubiertos de plata, un *panchón* y una fuente de arroz con leche planchado. En una mesuca contigua acomodó una muchedumbre de botellas de sidra y vino, más de aquélla que de éste. Examinó luego su obra con rostro sonriente, temblorosa la mole ingente de su pecho púdicamente guarecido bajo un percal de liviana urdimbre.

A poco, entre risotadas y bulliciosa algarabía, llegaron los curas de Margolles, Cenirella, Santiago de Serres y el secretario de este último, más bien que pueblo, mísera aldehuela. Tras la tediosa longitud de los divinos oficios y la procesión inacabable —a plomo el sol sobre los cráneos— venían con el estómago muy bien dispuesto y en su punto, y tan secos los gaznates, que sin perder coyuntura trasegaron sendas botellas de sidra.

El plato del país, la succulenta *fabada*, esparció su blanquinoso sahumero, mil veces más amable y sugestivo que el del incienso. Aquello era don celestial, gracia del altísimo, divina merced. ¿Quién se atrevería a dudar de la existencia de un ser infinitamente sabio e infinitamente bueno, que había inventado la *fabada* como regalo de los hombres, dándole ese deleitoso contentamiento del paladar y esa turbulenta virtud en las digestiones?

Pronto pasó el sorprendente condimento de la olla a los platos, y de los platos a las tripas.

El de Margolles sirvióse hasta siete veces, y si no entre bocado y bocado, de tres en tres o de cuatro en cuatro, a todo más, echábase al cuerpo su cuartillo de sidra. Era un mozalbón de gigantesca estructura, frisaba en los treinta y tres, manigrande y velloso, porráceo el color de la piel rasurada, abermellonado en el resto del rostro, lasciva boca faunesca, pupila parda y mirar de lujuria, voz de sochantre, espesa y caudalosa, que levantaba resonancias, restallando contra las paredes, y estremecía los vidrios del aparador. Su voz tonante, su ciencia del tresillo, su fama de cutre; he aquí las tres cualidades que le alzaban en miramiento sobre los otros curas aldeanos y le ponían aureola de tres potencias en el tonsurado cogote. Fuera Dios entre aquellos semidioses, si la crueldad y dureza del alma no le abajase un tanto del ideal del sacerdocio rústico, de la cura de almas y manso pastoreo del parroquial rebaño. Oveja que él juzgaba en vereda de descarrío, sentía pronto sobre sus costillas la piedra de su honda o el golpe de su cayado nudoso donde cayera, con lo cual la que no estaba descalabrada o patiquebrada tenía molidos los huesos. Si algún mozo mostrábase remiso para cumplir el dominical precepto, en la iglesia había de entrar a la postre a fuerza de puñadas, cachetes y coscorriones del forzado pastor. Y todo esto, no tanto por exaltación de su divino ministerio cuanto por ingénito impulso de su naturaleza brava. En medievales épocas hubiera sido uno de aquellos belicosos presbíteros que, en la diestra una espada y en la siniestra un cristo, yerguen hoy su enérgico contorno de piedra bajo ojivales doseletes, y que animados de corpórea envoltura, antaño aniquilaban infieles a cristazos y espadadas.

Los compañeros reprochábanle su sanguinaria condición. Hay cierta forma cauta del vicio, ineludible testimonio y muestra de la flaqueza humana, que sin enaltecerlos puede acoplarse con los menesteres sacerdotales; en esta categoría se comprenden la afición al dorado zumo de la manzana, la complacencia continua en el tresillo o el monte y reloj si se terciá, y esa invencible inclinación del sexo a su contentamiento y satisfacción. Ningún hombre que de tal se precie, por adormilados o romos que tenga los sentidos, ha de condenar en otros estas tres especies blandas y discretas de adobar y sazonar la vida. Que el de Margolles jugara, como los ángeles, eso sí, y bebiera, y guardara muy bien sus dineros, a todos los curas les parecía de perlas. No era lo mismo aquel su señorial imperio sobre los feligreses, ejercitado a fuerza de puños. Además, en la aldea había hombres fuertes que se la tenían guardada de tiempo atrás, y otros codiciosos de las riquezas que atesoraba, según voces. El mejor día le daban un disgusto; había que andarse con pies de plomo —advertían sus compañeros. Pero él, erre que erre, mostrábase magnífico y arrogante como un tirano de leyenda.

Con la actividad de la digestión comenzó la algazara de sobremesa. Establecieronse cordiales amiganzas y al de Margolles se le soltó la tarabilla a todo vuelo.

— Cuéntenos algo de su viaje a Madrid —rogó el secretario.

El gigantesco presbítero no hubo menester de más súplicas. ¡Ocho días en la corte! ¡Un sueño! Habló del ir y venir, incesante y ruidoso, de transeúntes; de los veloces y ladinos tranvías eléctricos, que resbalan como por arte de Satanás; de las anchas vías orilladas de caserones y palacios; de los coches ricos con señoras reguapísimas, que dejan rastro de esencias mareantes, y de todo cuanto a primera vista seduce, y embelesa, y suspende al embobado cazurro. ¡Y los toros!

— ¿También toros, don Romualdo?

— Qué caracho, ¿por qué no?

— No constituye casi, casi, y sin casi una irregularidad. Recuerde usted que el papa... no recuerdo qué papa. Ello es que un papa los prohibió bajo pena de excomuniación.—El secreta-

rio, que había obtenido «bueno» en derecho canónico, no estaba porque se le perdiese en el cuerpo aquella cita tan oportuna.

— Caracho, ¿qué tengo yo que ver con el papa? Toros, sí, señor, toros, «et siz de acéteris»...

— Sigue, Margolles.

El «siz de acéteris» quería decir que aun se callaba lo más atrevido. Los toros eran para él la más alta manifestación de destreza y energía humanas. Hizo la descripción, punto por punto, del espectáculo, deteniéndose especialmente en la suerte de picas. Por un momento su voz honda y vibrante se empañó con esa añoranza melancólica del que planea una vocación frustrada. Él hubiera sido un gran picador de toros. Ya se imaginaba con la gualda calzona de ante, la refulgente chaquetilla, el sombrero barbián de pompón azul ultramar, hundiendo la pica en el morrillo de un toro enfurecido.

Una pausa.

A seguida explicación de los dos últimos tercios. Arrastrado por la verbosidad llegó su exaltación a tal medida, que, poniéndose en pie, comenzó a simular los pases de muleta, y como en el punto en que se arrancaba penetraba la robusta ama, en corto y por derecho la dio un bajonazo, en el chaleco, sin poderlo remediar. El incidente promovió estallido de bárbaras risas, a lo lego ahíto, que duraron largo rato, y un honesto mohín de encogimiento ruboroso en la jama. Cuando ésta dio fin a la tarea de retirar el servicio de café, tender un tapete de yute y aportar las barajas del tresillo, antes de comenzar el juego, fue lo más sabroso e íntimo de la narración.

«Ya quebrada la noche, en las calles tortuosas y céntricas... las tales»... El de Margolles, de bruces sobre la mesa, susurraba quedamente y pasito sus palabras. Los compañeros remedaron su postura para oír mejor, y las cabezas, lindando unas con otras, formaban haz. Suscitábanse guiños picarescos, muecas de rufián, malicias y lujurias, con la voz aquella que rezonaba sordamente como un moscardón sobre un estercolero.

— ¿Es posible? ¿Y andaban así, sueltas?

Se oía de raro en raro; eran preguntas cortantes, estremecidas de impaciencia y de ansiedad malsana, pecaminosa, sugestiva, como todo lo que toca el pecado con sus dedos femeninos y halagüeños.

Las historias del clérigo dieron mucho que pensar. Largo rato después de terminadas, los otros dos, hundidos en sus sillones fraileros, dábanse a cavilaciones y quimeras.

El secretario no quiso intervenir en el juego. Jugaban muy caro los señores curas, y él con su cochino sueldo no tenía para nada.

— Abur, señores. Me voy a la romería. Que ustedes se diviertan.

— Buenas mozonas habrá. Adiós.

— Adiós.

La sesión de tresillo fue larga. Ni las voces del holgorio, ni los *ijujues* de los bailes, ni el clamor de gaitas y tambores, que por la abierta ventana se metían en revuelto guirigay, fueron a sacar de su abstracción a los presbíteros. Atentos al mermar o crecer de sus dineros, dejaron que las horas corrieran. La codicia les amarraba con reciedumbre de cadena.

Al caer la tarde, el cielo, entonando con la horrible tristeza de las romerías que se extinguen, se vistió de ceniza. Las sombras manaron de sus misteriosos escondrijos. Cantaba algún sapo.

Al levantarse la sesión de tresillo era bien entrada la noche. El de Margolles anudó el pañuelo de hierbas con los pesos de su ganancia, y metió los billetes en el pecho.

— Hasta otra, que yo llevo prisa.

— Hasta otra.

Quedaron los perdidosos malhumorados y cejijuntos. Don Romualdo la emprendió camino de su parroquia. Al principio avanzó seguramente, conocedor del terreno que pisaba; luego con más parsimonia. Compactas sombras se apretaban contra él. Ponía la mano ante sus ojos, la movía de un lado a otro; no se veía nada.

Era como una superficie lisa de negro de humo. A cada paso tropezaba. Arbustos, matorrales, sebes, salían a su paso, abroquelándose en la sombra. Nunca ningún hombre se le había puesto por delante, y ahora aquellos insignificantes seres de la naturaleza se le enredaban en el rostro, como animados de un oculto espíritu de mofa y desacato. El enjuto brazo de un pomar le derribó la teja. Anduvo tentando en la heces de la noche hasta dar con ella. El silencio, ayuntándose con la sombra, engendraba horrendo pavor. El cura sintió en sus huesos un escalofrío. Para serenarse acudió a los recuerdos gratos. Quiso imaginar el anhelante hormigueo de las *scortum* en las calles penumbrosas de la noche madrileña. La sangre se le agolpaba en la garganta. Volvió los ojos de su fantasía a las tardes llenas de sol y de bullanga, a la arena pajiza con chorretadas carmín, de sangre caliente. Evocó la vida quimérica de picador de toros, sin que a su instancia surgiera la rozagante y gallarda apostura del mozo denodado. Le castañeteaban los dientes.

Muy cerca de él, y de un lado a otro, las sombras se agrietaban en una línea de vago claror. Era la carretera. Nunca ojos de místico o poeta vieron con tan amante transporte el camino de Santiago abierto sobre el cielo por sandalias de ángeles, como el de Margolles vio aquella vía pisoteada por hombres y bestias. Apretó el paso para dejar la calleja pedregosa. Aquella mancha de tenue claridad aquietó en algo su pavura.

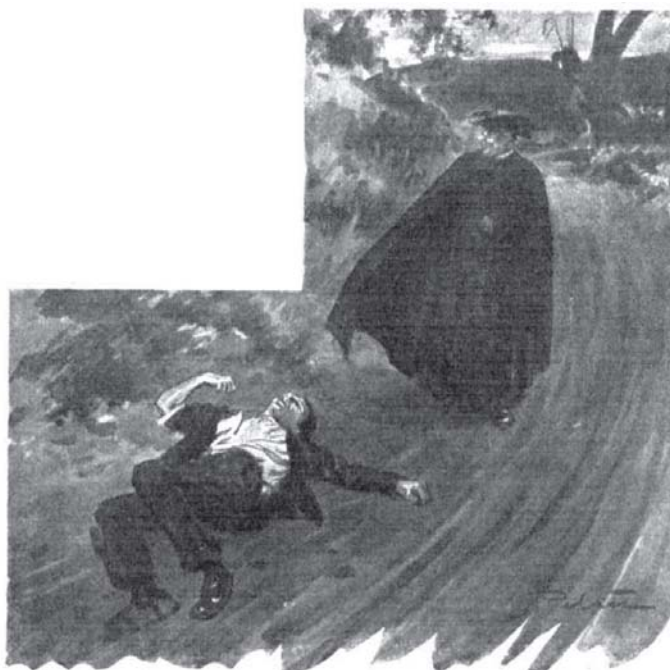
De pronto, un ruido leve le hizo detenerse en seco, estremecido, en medio de la carretera. Se le figuró que la noche iba a parir algo horrible, espantable. Tres coágulos de sombra resbalaban sobre la cinta blancuzca.

— Alto, señor cura. ¡La bolsa o la vida!

Eran hombres. Los nervios del mozo bravo, altivo, omnipotente, templaron su tirantez. Retrocedió un paso. Sus pies fueron a tropezar con un montón de grava.

— La bolsa, homes, la bolsa.

Agachóse prestamente, empuñó unos cantos puntiagudos de caliza, y a tiempo que les decía «¡tomad!» abalanzóse a ellos con tanta fortuna, que abrió a dos la cabeza. Desplomáronse los cuerpos, sin un quejido. El tercero disparó su revólver, cuya bala rozó el hombro del cura. Antes de que sonara el segundo foganazo, el de Margolles, con la piedra empuñada, dio al otro tan fuerte golpe en el pecho, que le hizo caer hacia atrás, lanzando dolorosos quejidos.



Con el vencimiento de los hombres ahuyentó el clérigo la conciencia de su poquedad ante la naturaleza. Según andaba, acudieron a su mente, sin llamamientos, visiones agradables y añoranzas de dulce melancolía. ¡Si él fuera picador de toros...! Pero no era tal, sino párroco de Margolles, pastor de almas. En lugar de picar toros decía misa, y confesaba... ¿Confesaba? Unos quejidos llegaban amortiguados, casi agónicos. Aquel hombre quizás estuviera muriéndose, y él, pastor de almas, debía ayudarle, confesarle... ¿Por qué no?

Volvió sobre sus pasos. El herido se lamentaba dolorosamente.

— Vamos a ver, hombre —le dijo el cura, en cuclillas, cerca del oído.— Ante todo, ¿dónde está el revólver?

No estaba el hombre para tales preguntas.

— ¡Me muero! ¡Ay! ¡Me muero! —llamaba sin cesar.

— Bueno, ¿quieres confesarte?

— Sí, señor cura.

Y se confesó entre sollozos, llantos y aullidos de dolor. Después de absolverle buscó a los otros. No daban cuenta de sí. Al zarandearlos se llenó las manos de sangre caliente. ¿Estarían muertos o sin sentido? El diablo que lo averigüe.

Y siguió camino de su rectoral, con el ánimo sereno, recordando las calles penumbrosas de la corte, ya quebrada la noche...

MARIETA Y JOE

Caras y Caretas, Buenos Aires, XII, 568, 21 de agosto de 1909, pp. [64]-[65].

Otras versiones:

Lec 1923: *Lecturas*, Barcelona, III, 23, abril de 1923, 379-83.

Cen 1924: *Centauro*, Albacete, I, 11, 26 de julio de 1924, [15-6].

Ilustraciones de Peláez y Calderé



El día 20 de diciembre, a las tres de la tarde, el señor Abraham llamó a Joe a su despacho. El señor Abraham, banquero de estirpe judaica, remuneraba a modo de aguinaldo los servicios y actividad inteligente de su subordinado, con una gratificación de cincuenta libras esterlinas.

A las cinco de la tarde salió Joe de la banca. El azacaneo febril de la City había cesado. Era

un día de niebla. El suelo estaba embadurnado de papilla negruzca. Joe llevaba consigo cuarenta libras en notas de a cinco, y diez aurinas monedas, que se complacía en hacer sonar sordamente dentro del bolsillo del chaleco. Se consideraba bastante feliz. Entró a tomar el té en un Lyons¹. Con magnífica largueza, propinó seis peniques a una camarera de canina expresión y carnívoro estuche dental. Aportó, a poco, en su posada, 1^o2, Guilford Street, y se encerró en la alcoba. Tumbado sobre el angosto y fementido lecho, se le volatilizaba el espíritu en un humo rosa de quimeras. Después de comer, y opreso en un *smoking-dress* de respetable edad, encaminóse al Hipódromo, en donde tomó una localidad de platea. Todos los números se le antojaban la más acabada muestra de un arte sumo³; y los ejecutantes, seres favorecidos por la naturaleza con excelsos dones. Ante un hércules teutón, que hacía mil prodigios de esfuerzo, estuvo a punto de sentirse germanófilo. Unos perros sabios le inspiraron fuerte afecto fraternal. Gracias a las insólitas *performances* de un solemne buey, adiestrado por una india, comprendió la religión de los egipcios y el culto de Apis, del cual tenía muy vagas noticias.

¹ En CyC 1909: «Syons».

² En Lec 1923 y Cen 1924: «19».

³ En Lec 1923 y Cen 1924: «antojaban acabada muestra de arte sumo».

Joe andaba por las veintiocho; era viril y cándido de aspecto: rubio con claros ojos inocentes y sonrisa pueril⁴. Era socio de un club escocés, Caledonian Club; intentaba seguir el movimiento político a través de las hojas diarias, con penoso esfuerzo de su inteligencia tardía; practicaba la cultura fisiológica de los *sports*, y cuando le quedaba vagar para ello; y era abstemio⁵ y casto. Había amado, allá en su adolescencia, a una dulce niña de trenza rubia y ojos celestes.

Cuando un hombre rechoncho y grave, desde el centro de la pista, imitaba, sirviéndose de un tubo de quinqué, las melodiosas inflexiones de la prosodia asnal de manera que el buen público se desternillaba de risa, una dama elegante penetró en el teatro y vino a sentarse al lado de Joe⁶. Despojándose del amplio casacón, color de añil con toques briscados y pieles⁷ de marta que brillaba suavemente como de miel⁸, ostentó la gracilidad de su cuerpo, arrebosado tenuemente en una especie de túnica, de tonos mate de malva⁹. El vestido, o túnica, profesaba a su dueña una gran adhesión personal; se le ceñía al cuerpo, en tan apretado abrazo, que casi se confundía con él¹⁰. La cintura caía casi debajo de los sobacos, dando así gran aire a la persona. Los senos, bien asentados y de discreta medida, como los que Tiziano pintó¹¹, iniciaban su eréctil agresividad en el abierto escote¹² de lechosa blancura y suavidad sedeña. Cuando se hubo sentado, venciendo¹³ su timidez natural, osó mirarla. Era una mujer de lóbrega y complicada cabellera; de ojos negros, así como adormecidos; la boca, de una rojez increíble para quien no conozca el ocultísimo del tocador; el rostro ovalado¹⁴, de candidez virginal. La dama sonrió a Joe. Este quiso corresponder. Sólo atinó a hacer una mueca desgraciada. «¿Será una...?», pensó. En seguida¹⁵, la dama comenzó a hablarle. Era extranjera, napo-



⁴ Lec 1923 y Cen 1924: «inocentes, la sonrisa, pueril».

⁵ Lec 1923 y Cen 1924: «y finalmente era abstemio».

⁶ Lec 1923 y Cen 1924: «dama elegante, que acababa de llegar, vino a sentarse en la butaca al lado de Joe».

⁷ Lec 1923 y Cen 1924: «piel».

⁸ En CyC 1909, erróneamente figura «piel».

⁹ Lec 1923 y Cen 1924: «malva mate».

¹⁰ Lec 1923 y Cen 1924: «que se confundía».

¹¹ Lec 1923 y Cen 1924: «solía pintar».

¹² En CyC 1909: «descote».

¹³ Lec 1923 y Cen 1924: «sentado la dama, Joe, venciendo».

¹⁴ En CyC 1909: «ovado».

¹⁵ En CyC 1909: «A seguida».

litana. Londres le entristecía mucho. ¡Deseaba tanto volver a su país!... Todo esto lo dijo de primera intención, replegándose en su butaca, con un mimo desolado, los ojos puestos de hito en hito sobre los del inglés, el entrecejo algo fruncido, como si quisiera contener el llanto. Joe sentíase estúpido. Una pasión inflamatoria y subitánea se apoderó de él.

— ¿Y por qué no vuelve usted a su país? —No se le ocurrió otra cosa. Haciendo la pregunta, advirtió que decía una tontería. Además, si Marieta (se llamaba Marieta) se marchase, él sería desgraciado¹⁶.

Terminado el espectáculo, Marieta se colgó del brazo de Joe. El mozo temblaba. La muchedumbre, en torno, les oprimía. Joe tomó a Marieta de la cintura y la apretó ardientemente.

— ¡Ay! Me hace usted daño¹⁷ —suspiró, no sin que se echase de ver cómo el amor ingenuo, repentino y terrible de Joe la enorgullecía.

— ¡Perdón, perdón! —masculló Joe, muy ruborizado.

Ya en la calle, anduvieron a la ventura, sin rumbo fijo.

— ¡Vámonos a mi casa! Tengo vinos exquisitos y fiambres; vinos de mi tierra, vinos rojos y amables. No me gustan los restaurantes públicos.

Joe se hacía de rogar, dudaba.

— No sé si debo, señorita...

Marieta tenía un *flat*, amueblado con discreta elegancia. Las flores, flores yertas de invierno, yacían por donde quiera. La lumbre estaba encendida en la chimenea. Comieron y bebieron y hablaron; esto es, habló Marieta. Repitió sus nostalgias y sus pesadumbres.

— Londres me ahoga, con su negrura y su tristeza. ¡Ay, mi sol! ¡Mi sol de Italia, mi cielo azul!...

Entonces Joe, en un arranque, le ofreció sus cincuenta libras. Con ellas podía hacer el viaje.

— ¿Cincuenta libras? Las tengo yo. ¿Qué te has figurado? —replicó amargamente—. No es eso. He venido a Londres porque dicen que es la ciudad más rica del mundo. Quería hacerme rica, para vivir en paz, con el hombre a quien amase. Porque tengo que encontrar un hombre a quien ame de veras... ¿No te parece? No me gusta el vicio. Me repugna; me entristece; casi me mata. Pero en Londres no hay dinero; tampoco hay dinero en Londres. Y yo quiero dinero, ¿comprendes? Mucho dinero. No por el dinero mismo, sino para alejarme del mundo, para vivir bajo los naranjos, cerca del mar, con mi hombre, con el único, con quien sea.

Joe estaba con los ojos en el suelo. Irguió la cabeza de pronto, y con gran firmeza:

— Yo trabajaré para ti, si me quieres.

— ¿Quererte? —y saltando ágilmente se abalanzó sobre él, se sentó en sus piernas, y le prodigó alocadas caricias.

¹⁶ Lec 1923 y Cen 1924: «sería desgraciado ya».

¹⁷ Lec 1923 y Cen 1924: «Ay que me hace usted daño».

De esta suerte Marieta sometió la voluntad de Joe.

* * *

A las once la mañana penetró un automóvil en el patio del Hotel Savoya, en el Strand. Joe saltó a tierra, rebotando levemente sobre el pavimento de caucho. Un mozo se adelantó a su encuentro.

— ¿Trae él señor algún equipaje?

— Nada más que esta maleta. El resto llegará mañana por Charing Cross.

En el *hall* se avistaron con el *Manager*.

— ¿Que habitaciones quiere el caballero?

— En el piso principal; dos habitaciones grandes, con un gabinete de recibir. Naturalmente, que las habitaciones den también al pasillo, para el caso de visitas enojosas. ¿Entiende usted?

— Entendido.

— Mi señora vendrá dentro de unos minutos.

Joe elogió las habitaciones. Y volviéndose hacia el *Manager*:

— Mi señora desea comprar algunas alhajas. No conozco aquí ningún joyero ni soy entendido en la materia, ¿quiere usted acompañarme?

Habiéndose puesto el *Manager* del hotel al servicio de Joe, salieron entrambos camino de una joyería. Retornaron a poco, seguidos de un dependiente que traía algunas joyas en un saquito, a fin de que la señora eligiese. Subieron al gabinete. Joe, con elegante ademán de desenfado, arrojó sobre la mesa guantes, sombrero y bastón. Penetró luego en la estancia cerrando la puerta tras de sí. Oyóse algo así como un diálogo musitado. Joe salió de nuevo.

— Mi señora, que no está en traje a propósito para recibir, desea que le muestre las joyas dentro de la habitación.

El dependiente extrajo del saquito las joyas.

— Ya sabe usted: este collar de perlas, 2.000 libras; estos pendientes de brillantes, 1.000; esta lanzadera, 1.500; estas otras sortijas, a 400, indistintamente; esta diadema, 3.000.

Joe sonrió como desdeñando la minúscula cuestión del precio. Se introdujo en la alcoba. En ella, durante un tiempo, se escuchaba un leve rumor, como de diálogo. Luego cesó. Pasaron unos segundos. Nadie salía. El dependiente miró al *Manager* con gesto dubitativo. Éste salió corriendo al pasillo con tal ímpetu, que dio de bruces contra un caballero que en traje de automovilista, peludo abrigo y gorra anteojera calada, salía a buen paso. El *Manager* arrancó la gorra al automovilista. Era Joe.

— ¡Ladrón! ¡Vengan las joyas ahora mismo!

Joe estaba lívido.

— ¡Por amor de Dios! ¡Déjeme escapar! Tome, tome.

Y le iba entregando el collar, la lanzadera, los anillos...



— ¿Y le amenazaron o él mismo se mató?

— El Manager dice que fue como un rayo. Cuando quiso darse cuenta, ¡zas!, ya se había cortado el pescuezo.

— ¡Pobrecillo! —La dama tenía los ojos llenos de lumbre, los labios temblorosos.— Oye, traéme *champagne frappé*.¹⁸

— ¡Falta la diadema!

Joe llevó la mano al bolsillo e hizo un movimiento ágil. Algo brilló fríamente. Sin que el manager lo pudiera impedir, seccionóse la yugular con una navaja barbera. Cayó ya exánime.

* * *

Aquel mismo día, en el restaurant del Savoya, una dama morena se informaba del mozo, acerca del conato del robo y suicidio del ladrón.

— Ahí es nada, señora; como quien no quiere la cosa, unas 10.000 libras. Estuvo en un tris que no se largase.



¹⁸ Lec 1923 y Cen 1924: «Asti spumante, helado».

NAVIDAD. CARTAS Y NOTAS VARIAS

La Ilustración Española y Americana, Madrid, LIX, 43,
30 de diciembre de 1915, pp. 998-999.

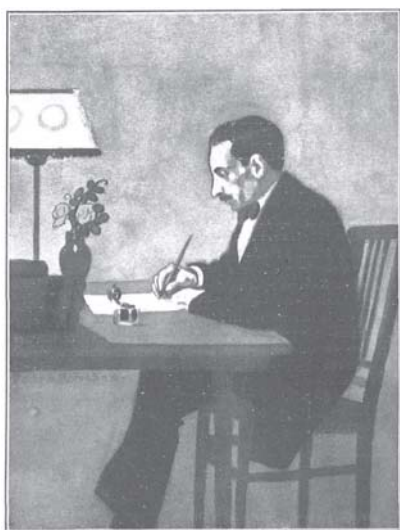
Ilustraciones de Pedro Sánchez



Mis queridos padres: celebraré que al recibo de la presente disfrutéis de buena salud. Yo estoy bueno, a Dios gracias. Tengo que contaros lo bien que lo estoy pasando estos días de Navidad. Veréis: Primero, el día antes de Nochebuena, nos pusieron en el Estudio un Nacimiento muy grande, con su cielo que parece de verdad, y montañas, y ríos con lavanderas y patos, y casitas y molinos, y un Colegio de Jesuitas que es más grande que el palacio de Herodes. Allá detrás, en las últimas montañas, vienen los Reyes Magos con su cortejo. Cada mañana aparecen más cerca del portal de Belén. El padre Palomino dice que es que han andado durante la noche, pero todos sabemos que es porque el padre Palomino los muda de lugar. (Aquí la carta tiene un añadido, entre líneas, que dice: «El padre Palomino es muy listo, muy bueno y nos quiere mucho»). La noche de Nochebuena, cuando los niños estábamos más dormidos, se oyó en el dormitorio un ruido tremendo de instrumentos de música, que cada cual tocase por su lado. Eran los Padres para despertarnos para la Misa de gallo. Yo salté de la cama, me asomé a una rendija de la puerta y los vi pasar por el pasillo. El padre Valdivielso iba tocando el bombo como un loco. ¡Ay, que risa me dio! (Otro añadido, entre líneas: «Todo esto lo harían los Padres para divertirnos a los alumnos. ¡Cómo nos quieren! El padre Valdivielso es profesor de Historia Natural, Metafísica, Francés, segundo curso, Dibujo de figura y Gimnasia de cuerdas. Es muy listo, como todos los demás Padres»). La Misa de gallo estuvo muy bien. Comulgamos. (Otro añadido, entre líneas: «Con mucho fervor»). En el coro tocaban unos silbatos que hacían gorgoritos y cantaban villancicos. El día de Navidad tuvimos comida de primera, con chorizo, pescado y una copa de jerez, y *Deo Gratias*, que quiere decir que nos dejaron hablar en la comida. También tenemos estos días Estudios libres, que quiere decir que en el Estudio nos dejan hablar o dibujar o lo que queramos. También hemos tenido tres días de Lotería. Yo he gastado veinticinco pesetas en papeletas, que os pasarán en la cuenta del mes, pero no me tocó nada. (Otro añadido, entre líneas: «Pero otros alumnos que sólo gastaron una peseta salieron agraciados con diferentes premios. Por cierto que eran preciosos»). También tenemos teatro, que ponen los mismos alumnos, los de la primera división que son los mayores. Yo soy todavía muy pequeño, ¡Qué ganas tengo de ser grande, para poder representar comedias! (Otro añadido, entre líneas: «Pero, sobre todo, para ser un hombre de provecho, temeroso de Dios y siempre agradecido a la educación que me dieron estos buenos Padres»). El turrón que me habéis enviado se recibió sin novedad. Yo no sé cuál era, porque todo lo que envían se reparte entre todos los alumnos. Todos estos días hemos estado comiendo postre que era de regalo de las familias de los alumnos. (Otro añadido, entre líneas: «Por supuesto, este era postre extraordinario, pues el postre comprendido en la pensión nos lo daban además, como siempre»).

En fin, que estoy muy bueno y muy contento y muy satisfecho de estos benditos Padres.
Un abrazo y un beso de vuestro hijo,

LEOPOLDO



Querido Juan: hoy es día de Navidad. Hace un día incomparable. El cielo está azul, azul, como nunca se ve en nuestros valles. Y, sin embargo, me encierro en casa y no saldré en todo el día. ¿Recuerdas los deseos que tenía de venir a Madrid, de conocer Madrid, lo mucho que le rogué a papá que me trajera? ¡Ojalá nunca hubiera venido! Por algo papá no quería traerme. A ti, compañero de seis años de Colegio, más que amigo, casi hermano, te lo contaré todo. Desde la muerte de mi madre a nadie me confío con más libertad que a ti, y mi pensamiento, en los instantes de mucha alegría o de mucha pena, vuela hacia ti, sin que yo sepa por qué. Los dos últimos años de Colegio no ignoras que me pesaban ya algo. Anhelaba la libertad, el estar en mi casa. El Colegio me parecía un poco cuartel. Sobre todo, las dos últimas Nochebuenas, ¡eché tan de menos mi casa, la Nochebuena casera, la compañía de mis padres!... Por desgracia, mi pobre madre se murió antes de que yo saliera del Colegio. Y esta era la primera Nochebuena que yo iba a pasar en mi casa, porque hace siete años, es decir, antes de ir al Colegio, era un mocoso y me enviaban a la cama a las siete. Cuando mi padre me dijo a principios de diciembre que probablemente no podría pasar la Nochebuena conmigo, porque sus ocupaciones le llamaban a Madrid hacia ese tiempo, yo me quedé aterrado y estuve a punto de llorar. Luego, le rogué tanto y tanto que me trajese con él, que, al fin, aunque a regañadientes, accedió. Yo nunca supe qué clase de ocupaciones son las de mi padre en Madrid. A cada paso dice que le están llamando y él va y viene constantemente. Por lo que pude entrever, mi pobre madre protestaba, aunque con dulzura, de esas ocupaciones. El día de Nochebuena por la tarde mi padre me dijo que aquella noche tenía unos quehaceres urgentísimos y no sé que reuniones de importancia, que no podría pasar la noche conmigo y que me estuviera quieto en mi cuarto de la fonda, sin salir, pues esa noche en las calles de Madrid triunfa la corrupción y el escándalo y se ven muy malos ejemplos. Mi corazón se llenó de sombra. Yo pensaba haber cenado con mi padre, luego haber ido juntos a Misa de gallo, y a la salida haber cenado otra vez en un restaurant elegante... ¡Lo había soñado tantas veces!... Vivimos en una fonda a la entrada de la calle de Alcalá, no lejos de la Puerta del Sol. La noche aquella estuve yo solo en el comedor a la hora de cenar. Apenas probé bocado, y lo poco que comí me supo amargo. Subí a mi habitación, pero no me acosté. Un gran murmullo como del mar dando tumbos y reventando olas contra un muro, iba creciendo cada vez más. Luego sonaron alaridos, como de cornetas roncadas, y voces humanas, como pidiendo socorro. Todo ello se metía dentro de mi cabeza y amenazaba romper los huesos. En la fonda había un enorme silencio. No pude más, y salí a la calle. ¡Habías de ver, querido Juan! Lo que se presentó ante mis ojos era ni más ni menos que la Revolución francesa, en las calles de París, con las turbas enloquecidas de desarrapados, tal como nos lo describía el padre Mondragón. Todas las mujeres parecían furias; todos los hombres facinerosos. Según se me figuraba a mí en el Colegio, lo principal de estas fiestas debía

pasar en casa, en la casa de cada uno, y luego, ya después de Nochebuena, en el campo. Aquel Nacimiento del Estudio, con tantos arroyos, valles y montañas, me daba unas ganas de salir fuera del Colegio y andar por un nacimiento de verdad, recorrer valles de verdad, atravesar arroyos de verdad, ir guiándome por estrellas de verdad, sin rabo, pero con vida, llegar hasta los montes más lejanos, con nieve, y encontrar a los pastores, hablar con ellos, y esperar a los Reyes Magos; cierto que ya no hay Reyes Magos. En cambio, otras fiestas, las de Semana Santa por ejemplo, no se conciben sino dentro de la iglesia. Y lo mismo las de Carnaval. Recordarás que los Padres nos decían que durante las fiestas de Carnaval es cuando más se ofende a Dios. Y nosotros pasábamos los tres días en la iglesia para desagraciarle. A lo que iba. Que yo creía que la fiesta de Nochebuena era una fiesta dentro de casa. Pues bien; yo no sé lo que será aquí, en Madrid, el Carnaval, ni en ninguna parte, pues nunca lo he visto. Lo que te puedo decir es que no será más de la calle que la Nochebuena. Y, por lo que yo he podido adivinar y atisbar, dudo que en Carnaval se ofenda más a Dios que en Nochebuena. Aquello, querido Juan, era un verdadero infierno, con dos mil pares de demonios atacados de locura. ¡Qué dolor el mío, Juan! ¡Qué tristeza la mía! Y hete aquí que, de pronto, en un coche veo a mi padre... a mi padre en compañía de una mala mujer. La gente le dirigía bromas. Y él y ella contestaban también en chanza. Ella era guapa; pero, con una cara tan mala... Mi padre no me vio. Yo creí perder el sentido. Volví a mi fonda, como pude, y me encerré en mi cuarto a llorar. No me acosté en toda la noche. Pensé tantas cosas... Recordarás que en el cuarto año de Colegio quise meterme jesuita. Creí sentir la vocación. Verás cómo sentía yo la vocación. Mi vocación era de libertad. Yo siempre quise ser libre. Y nunca pude comprender la libertad más que como aislamiento y soledad. Por eso quería meterme jesuita. En el Colegio éramos, como sabes, cerca de doscientos alumnos. Yo no sentía nada de común con ellos. Era como una isla. Sólo tú estabas, como otra islita, cerca de mí. A pesar de la comunidad de vida, sentía el aislamiento de todos mis compañeros. Pero no me sentía libre, porque me faltaba la soledad. Pensando en todo esto, la noche de Nochebuena he hallado mi verdadera vocación. Yo he nacido para ser marino. Mi padre, desde que salí del Colegio, me dice que debo decidirme por alguna carrera. Esta mañana le he dicho que voy a estudiar para piloto. Mi vida está ya resuelta. Te abraza con todo cariño tu amigo,

LEOPOLDO

A bordo del «Luisa Fernanda».

Tengo veintiséis años. No tengo padre ni madre. Mis únicos afectos son mi amigo Juan, algunos oficiales de la marina mercante y algunos marineros a mis órdenes. Esta noche es Nochebuena. Estoy de guardia, en el puente. La tierra más próxima está a seiscientas millas. Hay tormenta. El *Luisa Fernanda* danza, danza, danza como revelando una gran alegría. Las olas danzan también, haciendo un raro rumor, como de cántico. Recuerdo una Nochebuena en Madrid, la primera que pasé fuera del Colegio. Algo se parecen ésta y aquella. Yo no sé si los elementos recuerdan al hombre, si tienen algo de hombres, o los hombres recuerdan los elementos, si tienen algo ciego e irresponsable de elementos. La tormenta se ha encalmado. El cielo se ha abierto. El mar parece un gran rebaño, lleno de mansedumbre y de cansancio. El cielo está cubierto de estrellas, de estrellas de verdad. Y en el pecho siento una rara opresión. ¡Qué libre soy! Quiero decir ¡qué solo estoy! Tengo treinta años. Hemos llegado a Génova el 14 de diciembre. Hasta el primero de enero no salimos para América. Entonces, unos amigos han dicho: «vamos a pasar estos días a Florencia, que es una ciudad preciosa». Y al día siguiente de llegar a Génova, partimos para Florencia. Nos hemos alojado en una pensión que está junto a un río que llaman el Arno; la pensión Setignano. En esta pensión hay muchas señoritas alemanas, danesas, inglesas y norteamericanas, que estudian pintura o música. Una, entre todas, me ha lla-

mado la atención. Se llama Hellen Wells. No sé si es hermosa. A mí me lo parece. Creo que principalmente su hermosura es una belleza que yo diría interior, o sea, que sin necesidad de mirarla, la siento ante los ojos de mi espíritu. Yo no le he dicho que me gusta mucho, ni se lo he dado a entender, ni la he mirado de cierta manera. ¿Para qué? ¡Si no hace falta mirarla para estar viéndola! Pero ella conoce que me gusta... es decir, que estoy enamorado de ella. También sé que ella me quiere. ¿Cómo? ¿Por qué? ¡Yo qué sé! Porque sí. Y mis amigos no sospechan nada. La noche de Nochebuena se hizo una gran fiesta en la pensión. Nadie salió de casa. Se colgó por todas partes una planta que no recuerdo cómo se llama, pero que sucede que cuando una muchacha está debajo uno tiene derecho a darle un beso. Las muchachas, por evitar este peligro, andan corriendo siempre de un lado a otro. Hubo gran cena. Luego gran baile. Yo pensaba: «he aquí una Nochebuena como yo la había imaginado», porque, eso sí, en donde quiera reinaba la inocencia y un goce casi infantil. Los marinos solemos bailar bien. Acaso el no pisar nunca en firme, nos da elasticidad y medida en los movimientos. Claro que yo bailé con Elena. Un vals. ¡Ay! La música o lo que fuere, nos arrebatava. Bajo mis pies, sentía el suelo oscilando en vaivenes, como un barco. Me acordé de una Nochebuena, a bordo del *Luisa Fernanda*. De pronto, echo de ver que estamos debajo de una de esas plantas que no sé cómo se llaman, y beso a Elena. Los concurrentes celebran mi osadía. Elena se pone encarnada. Lo que nadie advirtió, sino Elena, fue que, a tiempo que la besaba, murmuré: «¿Quiere usted casarse conmigo?» Cuando me retiré a mi cuarto no me acosté. Abrí mi ventana y pasé la noche mirando y oyendo ese río que llaman el Arno, ese río que luego supe toda la historia que tiene, aunque entonces ya la presentía.

12 de mayo.

Tengo treinta y dos años. Para escribir estas líneas, mi mano tiembla. Elena comenzó a sentirse mal a las diez de la mañana. No se quejaba, pero yo adivinaba sus sufrimientos. Doce horas de tortura. El médico ha dicho todo el tiempo que no había peligro; pero mi corazón quería romperse en pedazos. Al final, yo ya era un autómatas, más que un hombre. Mi sensibilidad se había embotado, mi juicio se había evaporado. Por fin, me trajo nuevamente a la realidad el llanto de mi hijo, de mi primogénito, a quien, mientras el médico y la enfermera atendían a la madre, habían dejado de lado sobre un sillón. El pobrecillo chillaba con formidable, y, a mi



modo de ver, justificada indignación. Parecía un cerdito y era de color violeta. Ahora descansan madre e hijo. Elena me mira y sonrío. Está más bella que nunca como si su belleza interior hubiera salido al mundo de las realidades visibles. Y no sé por qué, pienso que esta es mi Nochebuena. Y ahora me siento más libre que nunca, más insulado del resto del mundo. Y tú, hijo mío; juro que de mí no has de saber lo que es una mala Nochebuena.